

***Haz Lo Que
Jesús
Te Diga!***

**ANDREW JEROME
YEUNG**

***Haz Lo Que
Jesús
Te Diga!***

***Traducción de María Eugenia Montenegro
del texto Inglés:***

DO WHATEVER JESUS TELLS YOU!

***ANDREW JEROME
YEUNG***

Copyright 2021: Dr. Jennifer Ann Yeung

Puedes leer este libro en línea. Por favor haga clic aquí:

<http://medjugorjeca.org/do-whatever-jesus-tells-you-2/>

Índice

Índice	7
Prólogo.....	13
Introducción.....	15
 SECCIÓN I: AMOR	 21
AMOR Parte 1.....	22
<i>Oración</i>	<i>26</i>
Lectura Uno	27
Lectura Dos.....	28
Lectura Tres	29
Lectura Cuatro.....	31
 AMOR Parte 2.....	 33
<i>Oración</i>	<i>43</i>
Lectura Cinco	44
Lectura Seis.....	45
Lectura Siete	46
Lectura Ocho	48

Lectura Nueve	49
---------------------	----

SECCIÓN II YO.....53

YO Parte 1.....54

Lectura Diez.....	67
-------------------	----

Lectura Once	67
--------------------	----

Lectura Doce	68
--------------------	----

Lectura Trece.....	70
--------------------	----

Lectura Catorce.....	71
----------------------	----

YO Parte 2.....75

¿Quién es Jesús? ¿Qué clase de hombre es?	75
---	----

<i>Oración</i>	90
----------------------	----

YO Parte 3.....91

<i>Oración</i>	100
----------------------	-----

Lectura Quince.....	101
---------------------	-----

Lectura Dieciséis	102
-------------------------	-----

Lectura Diecisiete	103
--------------------------	-----

Lectura Dieciocho	104
Lectura Diecinueve	106

SECCIÒN III VIVE EL EVANGELIO DE JESÙS **..... 109**

VIVE EL EVANGELIO DE JESÙS Parte I..... 110

<i>Oración</i>	127
Lectura Veinte	128
Lectura Veintiuno	129
Lectura veintidós	131
Lectura Veintitrés	133
Lectura Veinticuatro	133

VIVE EL EVANGELIO DE JESÙS Parte 2.....135

<i>Oración</i>	146
Lectura Veinticinco	147
Lectura Veintiséis	148
Lectura Veintisiete	150
Lectura veintiocho	152

Un Ejercicio.....	155
Jesús	157
Exhortación final	169
 Otros libros escritos por Andrew Jerome	
Yeung	173

Prólogo

“Este es el tiempo del cumplimiento. El reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el evangelio.”

“Yo he venido al mundo como una luz, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en las tinieblas. Si alguien oye mis palabras, y no las guarda, yo no lo juzgo. Porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. Hay un juez para el que me rechaza y no recibe mis palabras; las mismas palabras que he dicho lo condenarán en el día final. Porque yo no he hablado por mi mismo, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado a decir todo lo que he dicho.”

“Si uno escucha estas palabras mías y las pone en práctica, dirán de él: aquí tienen al hombre sabio y prudente, que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y arremetieron contra aquella casa, pero la casa no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre roca.

“Pero dirán del que oye estas palabras mías, y no las pone en práctica: aquí tienen a un tonto que construyó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y se arrojaron contra esa casa: la casa se derrumbó y todo fue un gran desastre.”

“Esforzaos a entrar por la puerta estrecha; porque muchos, les digo, tratarán de entrar y no podrán. Una vez que el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, ustedes quedarán fuera y comenzarán a llamar a la puerta, diciendo: ‘Señor, ábrenos.’ Él les responderá: ‘No sé de dónde vienen ustedes.’ Entonces empezareis a decir: ‘Hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras calles.’ Pero él va a decir, ‘Yo digo que no sé de dónde vienen; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad!’”

Jesús,
Hijo de Dios,
Hijo de María.

1. Marcos 1:15.
2. Juan 12:46-49.
3. Mateo 7:24-27.
4. Lucas 13:24-27.

Introducción

Jesús le dijo: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente. Éste es el primero y el más importante de los mandamientos.”

(Mt 22:37-38)

“Jesús dijo...” dejemos que esta frase tenga el significado que le dieron los inspirados escritores de los cuatro Evangelios. Todas las frases citadas en este libro han sido atribuidas a Jesús por los evangelistas.

“Corazón”, “alma”, “mente” – Jesús está haciendo hincapié en que debemos amar al Señor con todas nuestras facultades, con todos nuestros recursos, con todo nuestro ser. Es la cosa más grande que podemos hacer. Debe ser lo más importante para nosotros.

¿Cómo quiere el Señor que le amemos? La respuesta se encuentra en el Evangelio según San Juan, capítulo catorce. Jesús declara: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (v. 15). De nuevo, en el versículo 21, “El que escucha mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama.” Y otra vez, “El que me ama, guardará mi palabra” (v. 23).

Esta es la manera en que Jesús quiere ser amado: guardando sus mandamientos. La persona que realmente

ama a Jesús abraza su palabra. Igualmente, el que guarda los mandamientos de Jesús – o sea en espíritu y en verdad, y no simplemente cumpliendo con los ritos – demuestra su amor por Él.

No mires un mandamiento como un estorbo molesto. Una vez que decidas vivirlo, descubrirás que Jesús tiene razón cuando dice: “Sí, mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11:30). Vivir los mandamientos de Jesús trae la comprensión y la libertad. Él prometió: “Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn 8: 31-32).

Además de ser una orden, un mandamiento es también una guía y una invitación. Por ejemplo, cuando Jesús te dice que perdones a un enemigo, te está mostrando una forma muy efectiva de manejar una situación difícil. Al mismo tiempo, te está invitando a amar a tu enemigo y Él mismo, a través del acto de perdón.

El amor de Jesús debe ser un atributo indispensable de todos los cristianos, especialmente de los líderes. Jesús se aseguró de que Pedro entendiera esto:

Cuando terminaron de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” “Sí, Señor”, dijo, “sabes que Te amo.” Jesús le dijo: “Apacienta mis corderos.” Otra vez Jesús dijo: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Él respondió: “Sí, Señor, tú

sabes que te amo.” Jesús dijo: “Cuida de mis ovejas.” La tercera vez él le dijo: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Pedro le dolió que Jesús le preguntó por tercera vez: “¿Me amas?” el dijo: “Señor, tú lo sabes todo; sabes que Te amo.” Jesús le dijo: “Apacienta mis ovejas” (Jn 21: 15-17).

Jesús hace tres promesas a aquellos que lo aman. La primera es esta: “El que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14:23). Cuando obedecemos a Jesús, Dios Padre nos ama. Tanto Él como Jesús entrará en tu corazón y permanecerán allí. Ellos nunca te dirán, “No sé de dónde vienes; aléjate de mí”. No te serán cerradas las puertas al Reino. Para ti no habrá rechazo, no habrá condenación en el último día. Estas sentencias no serán dirigidas contra ti: “Si alguien oye mis palabras, y no las guarda, yo no lo juzgo. Porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. Hay un juez para el que me rechaza y no recibe mis palabras; las mismas palabras que he dicho lo condenarán en el día final. Porque yo no he hablado por mi mismo, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado a decir todo lo que he dicho” (Jn 12:47-49).

La segunda promesa es: “El que escucha mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él” (Jn 14:21). Además del amor del Padre recibirás también el de Jesús. Lo conocerás mucho mejor,

porque Él se te revelará, compartiendo sus pensamientos contigo, y enseñándote sus caminos. En ti existirá la luz, no la oscuridad. Tu casa estará construida sobre una base sólida; no se caerá. “Si uno escucha estas palabras mías y las pone en práctica, dirán de él: aquí tienen al hombre sabio y prudente, que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y arremetieron contra aquella casa, pero la casa no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre roca. Pero dirán del que oye estas palabras mías, y no las pone en práctica: aquí tienen a un tonto que construyó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y se arrojaron contra esa casa: la casa se derrumbó y todo fue un gran desastre” (Mt 7:24–27).

La tercera promesa es: “Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para ayudarle a usted ya esté con vosotros para siempre – el Espíritu de la Verdad” (Jn 14:15-17). La palabra abogado se traduce de los “parakletos” griegos. Un “parakletos” es un abogado defensor. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, es algo más que eso. Mientras que un abogado puede actuar en tu favor en algunos casos y solo con carácter profesional, el Espíritu Santo está siempre de tu lado con cariño y con pasión. Él se ha comprometido totalmente en tu presente y eterno bienestar. Ha sido llamado para hablar e interceder por ti, para enseñarte y aconsejarte, para consolarte, protegerte,

defenderte y luchar por ti. Él es testigo de Jesús y de la verdad de sus enseñanzas; Él da pruebas contra las mentiras del mundo; te confiere fuerza y coraje, y te proporciona un escudo y la seguridad en tu caminar con el Señor. Y este Consejero-Consolador te será dado y permanecerá contigo para siempre por tu obediencia a Jesús.

Si amas a Dios, si sigues sus mandamientos, el Padre, Jesús y el Espíritu Santo están todos presentes en ti, con su amor, su amistad, su aceptación, su sabiduría, su poder.

Escuchar a Jesús – su padre lo ordena (Lc 9:35). Haced lo que Él os diga – su madre lo pide (Jn 2, 5). Ponlo en el lugar principal de tu vida; mantenerlo en el centro de tu ser. Asegúrate de que, si Él le te pidiera dentro de un rato, “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” O, “Edward, hijo de Andrés, ¿me amas?” O, “Jennifer y Andrea, hijas de Rosalinda, ¿me amáis?” que podáis responder con convicción, con honestidad, con sincera insistencia: “Señor, tú lo sabes todo; sabes que te amo.”

Házselo saber! Házselo saber!

SECCIÒN I: AMOR

AMOR Parte 1

Acabamos de ver que amar a Jesús consiste en comportarse como Él nos exige. Te invitamos, querido lector, a pasar un momento agradable familiarizándote con sus enseñanzas. Pero no lo hagas sólo por seguir la conversación. Te pedimos que tomes los evangelios de Jesús en tu corazón y que los vivas!

Comencemos con dos sugerencias. En primer lugar, al meditar en las lecturas del Evangelio previstas, asegúrate de aplicarlas a ti mismo, a nadie más. No los uses para juzgar a los demás.

En segundo lugar, aplica las lecturas de una manera positiva. Si encuentras que las enseñanzas de Jesús desafían tu estilo de vida, no cedas a pensamientos como: “El evangelio puede estar bien para algunas personas, pero a mi no me molesten con eso. Estoy ocupado con asuntos más importantes. La religión no debe interferir con mis asuntos privados de todos modos.” O, “Un montón de hombres y mujeres nunca leen la Biblia; ni siquiera van a la iglesia. ¿Por qué tengo que hacerlo yo?” O, “Admito que no soy un cristiano perfecto. Pero es tan molesto cambiar. Si las correcciones se me hubiera pedido antes, en mi juventud, todo hubiera sido diferente. Ahora es demasiado tarde; voy simplemente a seguir como hasta ahora.”

Piensa en cambio, leyendo estas líneas: “Voy a abrir mi corazón a Jesús. Él sabe que la mayoría de la gente necesita repetirse con insistencia durante años antes de llegar a aprender lo que Él quiere que aprendan. Pero Él nos lo permite. Él no me condena por las oportunidades desaprovechadas. Él me va a ayudar. Su guía va a hacer de mí una persona mejor. Al convertirme en una persona mejor, voy a beneficiar a mí mismo y a todos los que me rodean. Aún si estos fuesen los últimos días de mi vida, no sería inútil empezar. El bien que produce mi transformación, tendrá como mínimo, una influencia enorme sobre mis seres queridos.”

El siguiente es un ejemplo aproximado de cómo usar los pasajes del Evangelio. La Lectura Dos empieza con el mandato: “Pero yo os digo a vosotros que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian.” Trae a la mente a uno de tus enemigos. Si no tienes uno, piensa en una persona que no te gusta o con quien no te llevas bien, o contra quien sientes un rencor o tienes un resentimiento. Si hay varios, empieza por aquel menos problemático. Es probablemente alguien de tu casa o de tu lugar de trabajo. (Mira la lista en la página 147.)

“Amad a vuestros enemigos.” Decídetes a amar a esta persona desde ahora en adelante. No te limites a la promesa de hacerlo, actúa realmente con amor hacia él. “Haz el bien a los que os aborrecen.” Organiza de

inmediato una buena acción que vas a realizar por él. “Bendice a los que os maldicen.” De hoy en adelante di sólo lo bueno de esta persona. Deja de hablar mal de él. Busca sus cualidades admirables. Proponte a hablar bien de él, tal vez con elogios y palabras de aliento genuinos. No seas mas nunca descortés con él. “Orad por los que os calumnian.” Deja de leer por un momento, ¡oremos por esta persona de inmediato. Pídele a Dios que conceda sus gracias más selectas sobre él.

“Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra.” La gente no puede ir dándose bofetadas el uno al otro en la cara físicamente, pero a menudo lo hacen con comentarios punzantes. Si esta persona te insulta, no lo insultes en respuesta. Si él va más allá al enojarse contigo, déjalo! “Y al que te quite la capa, no le niegues tu abrigo también.”

“Dad todo lo que os sea pedido.” Si esta persona te pide algo legítimo, no lo rechaces con una negativa tajante. Dale lo que pide. Es más, si no eres capaz de cumplir, al menos, dale la información de cómo podría encontrar lo que necesita en otro lugar.

“Y a quien te quita tus bienes no se los pidas de vuelta.” Si se apropia indebidamente lo que es tuyo y no te lo devuelve, guarda un silencio cortés.

Si has insistido en que cualquier reconciliación entre vosotros debe empezar de su parte, tal vez tu puedas iniciar el primer movimiento. “Y lo que quisierais que los demás hicieran con vosotros, haced lo mismo con ellos.”

“Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque incluso los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis el bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Incluso los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando nada a cambio; y vuestra recompensa será grande.” Es en amar a esta persona que no tiene amor por ti, en hacer el bien a aquel que puede no devolver el favor, en los préstamos que pueden no ser nunca reembolsados – es viviendo de esta manera que serás ampliamente recompensado. Tu generosidad puede llegar a mitigar las hostilidades que existan entre ustedes; puedes ganar un excelente amigo; puedes ganar un nuevo discípulo de Cristo; tu propia alma se hará más límpida; y te demostrarás a ti mismo que eres un hijo de Dios.

“Y seréis hijos del Altísimo; porque Él es benigno para con los ingratos y los egoístas.” Esta persona con la que intentas hacer la paz es a menudo ingrata y egoísta también. Dios es bueno con él y lo perdona. ¿Quieres tu también ser amable con él? ¿Lo perdonas tu también?

Oración

“Así es, entonces, cómo se debe orar:

“Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre, venga tu reino,
hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos
ofenden,
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.’

“Porque si perdonáis a los demás sus ofensas, también
vuestro Padre celestial os perdonará. Pero si no
perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro
Padre os perdonará vuestros pecados” (Mt 6: 9-15).

Ahora escucha a Jesús. Tómate todo el tiempo que desees
para meditar sobre las siguientes lecturas.

Lectura Uno

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente.” Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Toda la Ley y los Profetas dependen de estos dos mandamientos.

El que tiene mis mandamientos y los guarda es el que me ama. El que me ama será amado por mi Padre, y yo también le amaré y me mostraré a ellos.

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas delante de Él, y Él separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: “Venid, benditos de mi Padre; reciban su herencia, el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber, fui forastero y me recibisteis, necesitaba ropa y me vistieron, estuve enfermo y me atendieron, estuve en la cárcel y vinisteis a verme”.

Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te

recogimos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y vinimos a ti?” El Rey les responderá: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de los más pequeños de estos hermanos y hermanas míos, a mí lo hicisteis.”

Les he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo. Este es mi mandamiento: Amaos los unos a otros como yo os he amado.

Por esto, todos reconocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros.

1. Mt 22:37-40 2. Jn 14:21 3. Mt 25:31-40 4. Jn 15:11-12 5. Jn 13:35

*

Lectura Dos

Pero yo os digo a vosotros que me oís: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, no le niegues también el abrigo. Da a todo el que te pida; y a aquel que se lleva tus bienes no se los reclames. Y trata a los demás como quisieras que te trataran a ti.

Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque incluso los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Incluso los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando nada a cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo; porque Él es benigno con los ingratos y los egoístas.

Dad, y se os dará; una medida generosa, comprimida, revuelta, rebosante, será puesto en vuestro regazo. Porque la medida que daréis será la medida que recibiréis.

1. Lc 6:27-35 2. Lc 6:38

*

Lectura Tres

Por eso el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Cuando empezó la contabilidad, un deudor que le debía una cantidad enorme fue llevado ante él. Puesto que este no tenía forma de pagar, el rey ordenó su venta, junto con su esposa, sus hijos, y todos sus bienes, para saldar el pago

de la deuda. Ante esto, aquel siervo, postrado, le hizo una demostración de sumisión y le dijo: “Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré en su totalidad.” Movidó por la compasión, el señor de aquel siervo lo dejó ir y le perdonó la deuda. Cuando aquel siervo se fue, se encontró con uno de sus consiervos, que le debía una cantidad mucho menor. Lo aferró y comenzó a estrangularlo, exigiendo, “Págame lo que me debes.” Arrodillándose, el consiervo le rogó: “Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré.” Pero él se negó. Y al contrario, lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda. Entonces, cuando sus consiervos vieron lo que había sucedido se molestaron profundamente y refirieron a su señor lo ocurrido. Su maestro lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Yo te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste. No deberías compadecerte de tu compañero, así como yo tuve misericordia de ti? “Luego, en cólera, su amo lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Así hará mi Padre celestial con vosotros, si cada quién no perdona de corazón a su hermano.

1. Mt 18:23-35

*

Lectura Cuatro

Así que trata siempre a los demás como te gustaría que te traten; esa es la Ley y los Profetas.

Si tu hermano llega a pecar, reprenderlo y, si se arrepiente, perdónalo. Y si te ofende siete veces al día y siete veces vuelve a ti y dice: “Lo siento,” debes perdonarlo.

No son los sanos los que necesitan al médico, sino los enfermos. Ve y aprende el significado de las palabras: Misericordia es aquello que siento, no es un sacrificio.

Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo.

1. Mt 7:12 2. Lc 17:3-4 3. Mt 9:12-13 4. Lc 6:36

AMOR Parte 2

Revisemos brevemente. En la Lectura Uno Jesús dice: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente.” ¿Cómo Nuestro Señor quiere que nosotros le amamos? “El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama.” ¿Y qué es lo que Él nos manda? “Este es mi mandamiento: Amaos los unos a los otros como yo os he amado.”

Cuando nos amamos los unos a los otros estamos obedeciendo a Jesús, y en la obediencia mostramos nuestro amor por Él activamente. Esa es una de las razones por la que Él dice: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de los más pequeños de estos hermanos y hermanas mías, lo hicisteis a mí.”

En obediencia a Jesús, y en unión con Él, alimentemos a los hambrientos y demos de beber al sediento. Hazlo personalmente o con contribuciones monetarias. Como esté en tus capacidades, da cobijo a los sin techo, viste al desnudo, cuida de los enfermos, visita al recluso. Pasa a visitar a los ancianos. Llévalos a un regalo. Llama al que está postrado en la cama, al aislado, a los que no tienen amigos. Da limosna a los pobres. Ora por todos los necesitados. Abre tu corazón a los huérfanos y las viudas. Habla con los jóvenes. Pasa tiempo con tus adolescentes. Hay personas que pasan hambre y sed, porque nadie se preocupa por ellos.

En la segunda Lectura, Jesús nos dice que amemos a nuestros enemigos. Ya hemos visto cómo el pasaje se puede utilizar para sanar las divisiones entre nosotros y las personas con las que estamos experimentando problemas. Por supuesto, ningún pasaje tiene que ser aplicado de la manera sugerida en este libro. Cuando Jesús dice: “A todo el que te pida,” el ‘todos’ no se refiere sólo a los enemigos o a personas que no nos gustan.

En el párrafo siguiente, dice, “Dad, y se os dará.” Dad y Dios derramará sus favores sobre ti más generosamente. Cuanto generosamente? Imagínese comprar patatas de un granjero de buen corazón. La venta es por canasta y no por peso, este buen hombre llena el recipiente a lo más alto. No satisfecho con eso, agita la canasta, disminuyendo muchos de los espacios vacíos. Luego presiona las patatas con fuerza y añade más, hasta que la cesta se desborda. Solo después los vierte en el recipiente que trajiste. Así es como Dios generosamente te recompensará. Porque él dice, “Dad, y se os dará; medida generosa, comprimida, revuelta, rebosante, será puesta en tu regazo.”

En la Lectura Tres, el tema del perdón se ve acentuada por una parábola. En la medida en que Dios te ha perdonado por pecados mucho mayores, perdona ahora a tu cónyuge que te ha hecho daño, aunque sea muchas veces, lo ha hecho sólo en forma muy leve. Perdona a tus parientes, tus amigos, tus colegas. Borra

sus delitos de tu memoria para siempre. Ora por ellos y sé bueno para ellos a partir de este momento en adelante.

En la Cuarta Lectura se nos pide ser “compasivos como vuestro Padre es compasivo.” La palabra *compasión* está formado por el prefijo *com*, que significa ‘con’, y la *pasión* (latina *passio, passionis*) que significa ‘sufrimiento o sentimiento.’ Ser compasivo significa ser capaz de identificarse con los sufrimientos y sentimientos de otro. El sentido de la palabra incluye la propia voluntad de ayudar.

Esto nos lleva al siguiente grupo de enseñanzas. La Lectura Cinco es la parábola de hijo pródigo. “Había un hombre que tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde.’ Y él dividió su vida entre ellos. No muchos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se marchó a un país lejano, y allí malgastó su hacienda viviendo como un libertino.” Usted sabe el resto de la historia. En medio de una hambruna, el muchacho, indigente, decidió ir a casa. “Pero mientras todavía estaba a una cierta distancia, su padre lo vio y se conmovió con *compasión*.” La *compasión*! Él comprendió los sentimientos y los sufrimientos del hijo. Él entendió la inmadurez de su hijo y su falta de disciplina. Sabía cómo los jóvenes podían cometer errores. Reconoció la pecaminosidad humana. Pero el chico ya se había arrepentido. Él había regresado. En lugar de condenar a su hijo, el padre “corrió y lo abrazó y lo besó.”

Una cosa muy importante que hay que recordar acerca de esta parábola es quién fue el que la relató. Fue Jesús! Jesús sabía de personas que despilfarraban sus vidas en una vida disoluta. Vio lo que los seres humanos podrían llegar a ser. Estaba muy consciente de los pecados y de aquellos que los cometieron. Contó la historia para poner de relieve el inquebrantable amor del Padre por sus hijos.

Él dijo: “¿Quién de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso. Y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido.’ Sólo así, te digo, habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (Lc 15:4-7).

Si has llevado una vida de pecado, ten en cuenta que Dios no te ha abandonado. Él te busca con amor porque él se preocupa por su felicidad eterna. Él no va a parar hasta que te encuentre. En compañía de sus ángeles que celebrarán tu regreso a casa con gran júbilo.

La parábola en la Lectura Seis ilustra la generosidad de Dios hacia su pueblo. Jesús empieza con estas palabras: “Porque el reino de los cielos es semejante a un propietario que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña.” A intervalos durante el día, invitó a más

personas. “Sobre las cinco de la tarde salió y encontró aún más personas que estaban alrededor. Él les preguntó: ‘¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?’ ‘Porque nadie nos ha contratado’, contestaron. Él les dijo: ‘Vayan también ustedes a trabajar en mi viña.’” Y, al igual que los que vinieron a trabajar temprano, los últimos en llegar fueron pagados por el día completo!

La Lectura Siete comienza con esta advertencia: “Mirad de no menospreciar a ninguno de estos pequeños” ‘Los más pequeños’ no se refiere sólo a los niños. Los más pequeños también se refiere a personas que tendemos a mirar de arriba hacia abajo por cualquier tipo de razones. Por ejemplo, podemos despreciar sus opiniones sobre determinadas cuestiones; podemos desdeñar su aspecto físico, su inmadurez psicológica, su educación de bajo nivel, su falta de buenos modales sociales ... Al meditar sobre esta Lectura, debemos traer a la mente las personas que ignoramos, los que ridiculizamos o maldecimos, los que despreciamos – de frente o a sus espaldas. Recuerde también aquellos a los que a menudo ofrecemos una expresión que dice: “Estoy irritado por tu presencia; Estoy demasiado ocupado para hablar contigo; no estás en forma para tener una relación significativa conmigo.” (Vea la lista en la página 147.) Además, recordemos los de nuestras familias, y los que ocupan puestos por debajo de nosotros en nuestros lugares de trabajo, en especial las que molestamos, o

gritamos, o aquellas a quienes damos órdenes, o insultamos.

En esta Lectura Jesús también dice: “No juzguéis, para que no seáis juzgados.” La palabra ‘juzgados’ al final de la frase se refiere al justo juicio de Dios en el último día. Pero la primera palabra, ‘juzguéis’ significa, en este contexto, censura, encontrar culpas con la arrogancia del olvido de las propias faltas, culpar, condenar. Muchas personas hoy en día se deleitan quejándose, burlándose, burlándose de las cosas que no entienden, y dando opiniones acerca de todos los temas que aparece en la conversación. Cuanto más puedan criticar, más grandes se consideran a sí mismos. Gran parte de su charla ociosa se dedica a insultar a otros y ensalzarse a sí mismos. Ellos están constantemente sobrestimándose a sí mismos y rebajando a los demás. Obtienen un inmenso placer en desearles desgracias a aquellos que deploran con el fin de justificar el abuso verbal. Ciegos a su propia mala voluntad, que esparce rumores desagradables acerca de las personas cuyas deficiencias ellos piensan ver. En lugar de orar por sus vecinos y ayudarlos a mejorar, ellos avivan la llama del odio incitando la burla y la hostilidad. Su discurso revela la maldad de su interior. Como dice Jesús: “¡Generación de víboras, ¿cómo pueden ustedes que son malos decir algo bueno? Porque la boca habla de lo que el corazón está lleno. El hombre bueno saca cosas buenas del tesoro que tiene dentro, y el hombre malo saca cosas malas del

mal almacenado en su interior. Pero yo os digo que todo el mundo tendrá que rendir cuentas en el día del juicio por cada palabra vacía que haya dicho. Porque por tus palabras serás absuelto, y por tus palabras serás condenado” (Mt 12:34-37).

No seas así. Eso no es amor.

Tenga en cuenta que las imperfecciones serán identificadas de manera inequívoca lo largo de este libro – únicamente con la esperanza de que, una vez avisados, modifiquemos nuestras costumbres. En ocho de los Diez Mandamientos Dios nos dice: “No haràs...” Lo que es malo es destruido para dar paso a la construcción de lo que es bueno y hermoso.

Que lo mejor sea nuestro objetivo. “*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.*”

La Octava Lectura habla de la humildad. Jesús dice: “El que quiera ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo.” “Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille será ensalzado.” Las grandes personas no son las que buscan ser admiradas y ser tratadas con enorme cortesía donde quiera que vayan. Las grandes personas son las que sirven en silencio, con amor y humildad.

La Lectura Nueve cierra la Sección I. En este caso, tenemos una narración: Jesús sirvió a sus apóstoles en la Última Cena lavando sus pies. Después del lavado, dice,

“Ustedes me llaman Maestro y Señor, y con razón; por lo que soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros.” Jesús nos está diciendo de asistirnos los unos a los otros en las pequeñas atenciones. El amor no consiste en hechos grandiosos. El amor está en cuidar a los que nos están cercanos. Podemos llevar a cabo tareas como lavar los platos de nuestra familia después de una comida. Podemos sacar la basura aunque esta no sea nuestra costumbre. Podemos hacerle a alguien una taza de café o de té. Podemos ofrecerle ayudar a un conocido que está ocupado o enfermo. Estas son el tipos de cosas a las que Jesús se refiere principalmente, cuando habla acerca de servir, no a los actos más visibles o supuestamente más espectaculares, en los que se involucran algunas figuras públicas.

Cuando meditamos sobre las enseñanzas de Jesús, podríamos descubrir que no somos tan buenos cristianos como pensábamos ser. Somos, de hecho, muy pecadores. Ten presente, Jesús ciertamente quiere en absoluto que nosotros no caigamos en el pecado, pero si lo hacemos, Él nos da la oportunidad de arrepentirnos.

Escuche la parábola que contó sobre el hijo pródigo que llegó a casa diciendo: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; Ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” Así reaccionó el padre de la parábola. “Pero el padre dijo a sus siervos: ‘Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies.’”

Por medio de la parábola, Jesús quiere que sepamos que nuestro Padre es compasivo. El perdona. El es generoso. Nosotros también podemos esperar que nuestro Padre nos dé la bienvenida a los pecadores arrepentidos de manera similar. Todavía puede dejarnos usar su mejor túnica para recordarnos que hemos sido creados para ser imágenes de él mismo. Todavía puede darnos su anillo, para demostrar que somos miembros de la familia, somos sus hijas e hijos, somos sus herederos. Él todavía puede ponernos zapatos en los pies, haciéndonos saber que no quiere que deambulemos como huérfanos descalzos, que quiere cuidarnos, que debemos acudir a él para todas nuestras necesidades. Él puede proclamar, “... comamos y hagamos fiesta; porque este hijo mío estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido y ha sido hallado.” Él no se detiene en el doloroso recuerdo de que estuvimos muertos y perdidos. Él está encantado de que hayamos vuelto a la vida y estemos reunidos con él, sanos y salvos.

Nuestro Padre envió a Jesús a decirle a los descarriados: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mt 9:13, NVI). No es bueno pensar siempre en nosotros mismos como personas decentes virtuosas perpetuas. Más bien, es apropiado admitir nuestra pecaminosidad. Los pecadores son las personas a las que Jesús vino a llamar.

Y, tal vez, después de haber seguido su llamado, podamos avanzar y llegar a ser más amorosos y menos centrados en nosotros mismo, para el beneficio del

prójimo. Cada uno de nosotros podría asumir en primera persona acciones de oración y trabajo por la conversión de todos los pecadores, para que también ellos vuelvan de nuevo a Dios y sean recibidos en la felicidad de su Reino.

Jesús dijo: “Os he dicho esto para que mi gozo pueda entrar en vosotros, y *vuestra dicha* sea completa. Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15:11-12). Jesús no dio los mandamientos para hacer nuestra vida difícil. Él quiere que nos amemos unos a otros para que la verdadera alegría venga a nosotros. Ese es el propósito de sus enseñanzas – nuestra alegría. Si extendemos nuestro amor a los familiares y amigos, a los enemigos, y hasta al ultimo de los hermanos y hermanas de Jesús, su regocijo se convertirá en el nuestro, y su amor y su paz brotarán de nosotros hacia todo su pueblo, en especial hacia aquellos con los que entramos en contacto todos los días.

Oración

Dios, tú eres infinitamente superior a mí, y aún así me amas tan humilde y persistentemente.

Que yo pueda aprender a amar a mi prójimo como tú me amas, no importa cuán inferior yo imagino que sean.

Que pueda yo recordar que Tu los ama también, que también ellos fueron creados para la Eterna Gloria Celestial.

Cuando surjan dificultades con alguien, permíteme siempre dirigirme a Ti antes que todo.

Tu Espíritu trae comprensión y paz.

Ahora, escucha a Jesús. Concéntrate en sus palabras y no en estas observaciones introductorias esquemáticas. Dedicar más tiempo a la Lectura Siete, prestando especial atención al párrafo sobre la paja y la viga.

Lectura Cinco

Había un hombre que tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde.” Y él dividió su herencia entre ellos. No muchos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se marchó a un país lejano, y allí malgastó su dinero viviendo como un libertino. Cuando ya había gastado todo sobrevino un hambruna extrema en aquel país, y él comenzó a no poder cubrir sus gastos, entonces se arrimó a uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Con mucho gusto se habría alimentado él mismo de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba nada. Pero cuando volvió en sí, dijo: “¿Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y yo le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; trátame como a uno de tus jornaleros.’” Y levantándose, vino a su padre. Pero mientras todavía estaba a una cierta distancia, su padre lo vio y se conmovió con compasión, corrió, lo abrazó y lo besó. Y el hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; Ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” Pero el padre dijo a sus siervos: “Traed aprisa el mejor vestido, y se lo puso; y poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies; y traed el becerro mas gordo, matadlo, y comamos y

celebremos; porque este hijo mío estaba muerto, y ha resucitado; estaba perdido y ha sido hallado.”

1. Lc 15:11-24

*

Lectura Seis

Todos los que el Padre me da, vendrá a mí; y a aquel que viene a mí no lo echare nunca. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día. Porque la voluntad de mi Padre es que todo el que vea al Hijo y crea en Él, tenga la vida eterna, y yo lo resucitaré el último día.

Porque el reino de los cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Accedió a pagarles un denario al día y los envió a su viña.

Sobre las nueve de la mañana, salió y vio a otros que estaban en el mercado sin hacer nada. Él les dijo: “Vayan también ustedes a trabajar en mi viña y les pagaré lo que sea justo.” Y ellos fueron.

Salió de nuevo a eso del mediodía y las tres de la tarde e hizo lo mismo. Sobre las cinco de la tarde salió y

encontró a otros parados alrededor. Él les preguntó: “¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?”

“Porque nadie nos ha contratado”, contestaron.

Él les dijo: “Vayan también ustedes a trabajar en mi viña.”

Cuando llegó la noche, el dueño de la viña dijo a su mayordomo: “Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando por los últimos contratados hasta llegar a los primeros.”

Los trabajadores contratados a las cinco de la tarde vinieron, y cada uno recibió un denario.

Yo he venido para que ellos tengan vida y la tengan en abundancia.

1. Jn 6:37-40 2. Mt 20:1-9 3. Jn 10:10

*

Lectura Siete

Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque os digo que en el cielo sus ángeles siempre observan la faz de mi Padre que está en los cielos.

Ustedes han oído lo que se les dijo a los antepasados: “No matarás; y cualquiera que mate será llevado a juicio.” Pero yo os digo que cualquiera que se

enoje contra su hermano, será reo ante el tribunal; quien insulta a su hermano, será culpable ante el concilio, y el que dice: “¡Necio!” será expuesto al infierno de fuego.

No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que medís seréis medidos. ¿Por qué ves la paja que está en el ojo de tu hermano, y no observas la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: “Déjame sacar la paja de tu ojo”, mientras que hay una viga en el tuyo? ¡Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.

No juzguéis y no seréis juzgados; No condenen, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados.

Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

1. Mt 18:10 2. Mt 5:21-22 3. Mt 7:1-5 4. Lc 6:37 5. Mt 5:48

*

Lectura Ocho

En verdad os digo, que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. El que se disminuya hasta llegar a ser como este niño, ese será el mas grande en el reino de los cielos.

Dos hombres subieron a orar en el templo: uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba consigo mismo: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano.” El publicano, estando lejos, no quería ni siquiera alzar los ojos al cielo, y se daba golpes en el pecho, diciendo: “Dios, ten misericordia de mi, pecador!” Os digo que éste hombre regresó a su casa justificado mucho mas que el otro!; porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

¿Alguno de vosotros, de los que tienen un siervo que ara ó apacienta, le ha dicho a este cuando regresa del campo, “Ven por una vez a sentarte en mi mesa?” ¿Acaso no le han dicho más bien: “Prepara la cena para mí, y ponte tu delantal y sírvenme hasta que yo haya comido y bebido; y después comerás y beberás tu?” ¿Acaso les dais las gracias al siervo porque ha hecho lo que se le ha ordenado? Así también vosotros, cuando hayáis hecho

todo lo que os ha sido ordenado, decid: “Somos siervos inútiles; sólo hemos hecho lo que era nuestro deber!”

El que quiera ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; así como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida para rescatar a muchos.

1. Mt 18:3-4 2. Lc 18:10-14 3. Lc 17:7-10 4. Mt 20:26-28

*

Lectura Nueve

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos en el mundo, los amó hasta el final.

Estaban cenando, y el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que lo entregase. Jesús sabía que el Padre había puesto todo en sus manos, y que había venido de Dios y volvía a Dios, y se levantó de la mesa, se quitó el manto y, tomando una toalla, se la amarró alrededor de la cintura; Luego echó agua en un recipiente, y comenzó a lavar los pies de sus

discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura.

Cuando acabó de lavarles los pies y se vistió de nuevo con su manto, Jesús volvió a la mesa. Les dijo: “¿Entienden lo que yo he hecho con vosotros? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y con razón; porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.

“En verdad os digo que ningún siervo es más que su señor, ni el enviado más que el que le envió.

“Ahora que usted sabe esto, bienaventurados seréis si actuáis en consecuencia.”

Surgió entre ellos el argumento sobre quién debería ser reconocido como el mas importante; pero Él les dijo: “Entre los gentiles son los reyes los que señorean, y a los que tienen autoridad sobre ellos se les da el título de Benefactor. Esto no debe suceder entre ustedes. No; el mayor entre vosotros debe comportarse como si fuera el más joven, el que manda como si fuera el que sirve. Porque, ¿quién es mas importante: el que está en la mesa o el que sirve? El que está en la mesa, ¿no? Sin embargo, aquí estoy yo en medio de vosotros como uno que sirve!”

“Este es mi mandamiento: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. Nadie puede tener mayor amor que el que da su vida por su prójimo.”

1. Jn 13:1-5 2. Jn 13:12-17 3. Lc 22:24-27 4. Jn 15:12-13

SECCIÒN II YO

YO Parte 1

En la Lectura Diez volveremos a escuchar a Jesús decir, “Este es mi mandamiento: Amaos los unos a los otros como yo os he amado. No hay mayor amor que este, dar la vida por sus amigos.” Una interpretación adecuada de la expresión “dar la vida” es: “renunciar a la vida que podrías estar viviendo.” Para amar en grande a veces debes dejar de lado lo que quieres para ti mismo por el beneficio de otra persona. Ciertamente has hecho esto, probablemente muchas veces. Por ejemplo, nunca has interrumpido una actividad agradable con el fin de ayudar a una persona en problemas? ¿Nunca te has decidido a no gastar dinero en ropa cara para el bien de la economía familiar? ¿Nunca has dejado que una madre y su pequeño bebé tomen tu asiento tan cómodo en el autobús? ¿Cuántos de estos tipos de cosas has hecho el año pasado, o la semana pasada? Haz una pausa por un momento y piensa en eso. Haciendo esto has amado. Mantente en este camino. Sigue siempre disponible para dar tu vida, de alguna manera, por la gente que conoces, y también por la que no conoces.

(1). Las lecturas de este capítulo se concentran en tres áreas. La primera es la importancia que nos damos a nosotros mismos, el individualismo. Jesús dice: “El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna.” “Aborrece”

viene de un término semita que significa “ama menos” o “prefiere menos.” Si amamos menos nuestra vida en este mundo la preservamos para la vida eterna, es decir, para la participación en la Vida de Dios. No es aferrándonos egoístamente a nuestra vida mortal que la vida de Dios florecerá en nuestros corazones.

Esto también significa, entre otras cosas, que debemos controlar el deseo de manipular las situaciones para nuestro propio beneficio y conveniencia generalmente, o para imponer invariablemente nuestras ideas y planes a nuestros asociados; debemos dejar de correr tras cada placer temporal, y al contrario, darle tiempo y espacio a la práctica de nuestras responsabilidades espirituales.

También significa que debemos renunciar al pecado (que es un acto de ponernos por encima de las leyes de Dios). Por ejemplo, Jesús dice: “Habéis oído que se dijo: ‘No cometerás adulterio.’ Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón” (Mt 5:27- 28).

“Los tropiezos son inevitables, pero ¡ay de aquel que los ocasiona!. Más le valdría ser arrojado al mar con una piedra de molino atada al cuello, que servir de tropiezo a uno solo de estos pequeños” (Lc 17:1-2).

“Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación infiel y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Mc 8:38).

(2). La segunda área es el dinero. En la undécima Lectura, Jesús dice: “Nadie puede servir a dos amos. Pues odiará a uno y amará al otro; será leal a uno y despreciará al otro. No se puede servir a Dios y al dinero.”

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Pues si en las malas riquezas no fuisteis fieles. ¿Quién os confiará lo verdadero” (Lc 16:10-11)? Si Jesús puede confiar en que vamos a considerar el dinero como algo para utilizar y no para acaparar, como un siervo y no como un objeto precioso que puede permitirse de alejar nuestro amor de Dios y del prójimo, nos guiará hacia tesoros reales. Si Él puede confiar en que no vamos a defender nuestro comportamiento materialista con racionalizaciones tales como los siguientes: – “Debo estar bien abastecidos para mi jubilación y para la gran comodidad de mi familia, por eso no puedo dar a los pobres; además, mis fondos están vinculados en inversiones, todo mi dinero extra tiene que generar interés sólo para mantenerse al día con la inflación; mis amigos y familiares tienen ingresos exorbitantes, por lo que a toda costa debo aferrarme a mi carrera prestigiosa y bien pagada, para evitar que alguien pueda mirarme con desprecio; he trabajado muy duro para maximizar los ingresos para mi empresa, no desperdiciaré capital corporativo para cumplir con los términos de moralidades no rentables y principios

piadosos,” – entonces Él nos mostrará lo que es verdaderamente valioso.

Ten cuidado! Las personas que se sumergen en el brillo engañoso de dinero pueden ser gobernados por la oscuridad. Hacemos bien en reflexionar sobre si nosotros también somos insospechados esclavos de este atractivo dictador. Además de los ejemplos anteriores, podríamos también recordar las discusiones con nuestro cónyuge o con nuestros hijos. ¿Cuántas de estas se han producido debido a la importancia exagerada que le hemos dado al dinero? Podríamos recordar los meses que hemos pasado desanimados y disgustados por no haber sacado provecho de una oportunidad de negocio, o por no haber sacado el máximo de una transacción comercial. ¿Recuerdas qué rabia cuando alguien te estafó unos pocos dólares? ¿Recuerdas cómo nos alejamos vergonzosamente de los menos ricos que nosotros, estando ellos en una situación en la que hubiéramos podido ayudarlos?

(3). La tercera área es la relación de la persona con Dios y sus prioridades. En la Lectura Doce, Jesús presenta esta parábola: “El terreno de un hombre rico le produjo una buena cosecha. Así que se puso a pensar: ‘¿Qué voy a hacer? No tengo dónde almacenar mi cosecha.’ Por fin dijo: ‘Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, donde pueda almacenar todo mi grano y mis bienes. Y diré: “Alma mía, ya tienes bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y

goza de la vida.” Pero Dios le dijo: ‘¡Necio! Esta misma noche te van a reclamar la vida. ¿Y quién se quedará con lo que has acumulado?’ Así le sucede al que acumula riquezas para sí mismo, en vez de ser rico delante de Dios.”

No entiendas mal. Jesús no está en contra de goce de los frutos de nuestro trabajo. La culpa del hombre de la parábola no está en su riqueza, sino en su pobreza para las cosas del Señor. Hay ricos santos, como Abraham, pero también hay, ricos y pobres por igual, quienes dejan a Dios fuera de su conciencia. Que lo tratan como un ser cuya existencia es irrelevante. No se interesan en seguir Su camino. Tienen escaso respeto por Jesús o por el prójimo – los indigentes, los que sufren, a los vulnerables, los incapaces.

Oigan lo que ellos van a escuchar en el Juicio Final si persisten en su indiferencia: “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado por el diablo y por sus ángeles. Porque tuve hambre y ustedes no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; fui forastero, y no me invitaron, yo necesité ropa, y no me vistieron, estuve enfermo y en la cárcel, y no me acudieron... en verdad os digo que todo lo que no habéis hecho por el último de éstos, no lo habéis hecho por mí.”

¿Cómo van esas personas a tener la oportunidad de entrar en el reino de los cielos? En efecto, ¿qué pueden hacer las personas que se creen autosuficientes para salvarse? ¿Tienen aquellos que rechazan

sistemáticamente su Creador, alguna posibilidad de obtener la vida eterna? “Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible” (Mc 10:27, NBJ). “Mas *buscad primero el reino de Dios y su justicia*, y todas estas cosas os serán añadidas.” En otras palabras, deben volver a poner al Señor en el lugar de primera importancia en sus vidas!

Jesús dice: “No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido carcomen, ni los ladrones se meten a robar” (Mt 6:19-20). Él prometió: “En verdad os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos o tierras por causa de mí y por causa del evangelio, que no recibirá cien veces más ahora en este tiempo: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones, y la vida eterna en el tiempo venidero. Pero muchos de los primeros serán los últimos, y [los] últimos serán los primeros” (Mc 10:29-31). Jesús nos está diciendo de ponerlo a Él y a los evangelios antes que a las ataduras terrenales. Si la compra y venta de tierras y casas perturban nuestro tiempo de oración y la devoción del domingo, hay que resistir. Si, para complacer a un familiar, tenemos la tentación de violar nuestra fe, no debemos ceder. Si el esfuerzo para satisfacer nuestra ansia de lujo nos desvía de Dios,

tenemos que cambiar. Nuestra lealtad a Jesús no quedará sin recompensa.

La mejor inversión que podemos hacer para nosotros mismos está en el tesoro celestial. Es la mejor herencia que podemos dejar a nuestros seres más queridos. Es el regalo más sublime que podemos otorgar a nuestros semejantes, especialmente los más débiles. Y la manera de acumular tesoros en el cielo es a través de una vida de reverencia y amor hacia Dios y sus criaturas, expresada en parte a través de la limosna. “Vendan sus bienes y denle a los pobres.”

Debe quedar muy claro que Dios no está interesado en nuestro dinero sino en nuestros corazones. Lo que Él quiere no es cuánto de nuestro superávit le damos, sino cuánto de nosotros mismos le ofrecemos. Esto se confirma con énfasis en la alusión que Jesús hizo sobre la señora en esta ocasión: “Cuando Jesús alzó la vista, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el tesoro del templo. También vio a una viuda pobre que echaba dos moneditas de cobre. ‘En verdad os digo,’ dijo, ‘esta viuda pobre ha echado más que todos los demás. Todas estas personas dieron sus ofrendas de sus riquezas; pero ella, de su pobreza echó todo lo que tenía para vivir’” (Lc 21: 1-4).

En la Lectura Trece Él nos recuerda: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.” No es la prosperidad o una vida de

glamour y entretenimiento sin fin lo que deberíamos amar. Es a Dios, en primer lugar.

“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de Verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros.” El Espíritu Santo es una persona a quien el mundano ignora. Este último está tan cautivado por los encantos de las cosas materiales que no tiene espacio para Él. Ellos están tan cegados por la obsesión de estar “in”, por desfilarse vestido a la última moda, por asombrar a todo el mundo con los más recientes rumores, por comprar los juguetes más nuevos del mercado, por comer en los restaurantes de moda, que no pueden ver al Espíritu Santo, todas estas cosas fatuas les impiden notar Su presencia y guía. Pero pueden volver a verlo – si se vuelven a Dios en el amor, y obedecen lo que dice.

“Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y sabréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Este es un tema recurrente: cuando perseveramos en guardar los mandamientos de Jesús, en vez de ser limitados, somos genuinamente liberados. Amándolo a Él, amando a nuestro prójimo, comenzamos a hacernos una idea de lo que es realmente la vida. Empezamos a discernir lo que es bueno para nosotros y lo que no lo es. Comenzamos a diferenciar entre lo que trae felicidad duradera y lo que no.

Empezamos a comprender lo que es necesario y lo que no tiene ninguna consecuencia. Empezamos a conocer la verdad. Y la verdad nos hace libres. Nos libera de la opresión de las ansiedades paganas. Nos libera para descubrir la protección y los cuidados de Dios. Nos libera para poder experimentar Su alegría y Su paz.

Presentamos las Bienaventuranzas en la Lectura Catorce. “Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.” Las intenciones y disposiciones de los puros de corazón son francas y limpias, no hipócritas o confundidas. No dicen una cosa y hacen otra. Ellos no profesan la fe en Jesús y actúan como si no existiese. No toman sus palabras y tuercen su significado para adaptarlas a su comportamiento. Ellos no pronuncian con sus labios, “Venga Tu reino, hágase Tu voluntad” deseando interiormente: “Venga mi reino, hágase mi voluntad.” Los puros de corazón “verán a Dios.” Reconocerán el Espíritu Santo. Percibirán sus planes a cada paso. Buscarán su consejo y lo encontrarán.

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.” Esta es la primera bienaventuranza. Los pobres de espíritu en el Evangelio según Mateo son aquellos que reconocen su necesidad de Dios. Ellos entienden que Dios es quien los defiende y los sostiene. Por lo tanto no muestran la arrogancia y la desagradable agresividad de algunos ricos. Tampoco pretenden ser lo que no son, ni buscan la manera de presumir. Su incapacidad de compartir la manera de vivir

de los demás no los lleva a la depresión o al descontento. Su seguridad no está basada en su propia importancia, sino en Dios. Benditos. “De ellos es el reino de los cielos.” La vida de Dios está en ellos, en este momento!

A veces resulta provechoso leer solo la primera parte de una Bienaventuranza – está en el tiempo presente. Por ejemplo, “Bienaventurados los que lloran”. Cuan bendito eres desde el momento que eliges usar tu tiempo y energía para servir a Jesús, sabiendo muy bien que es probable que tengas que soportar la burla y el desprecio de tus compañeros. Cuan bendito eres, a diferencia de ellos, cuando le das la espalda a la acumulación de vastas riquezas como el objetivo de tu vida, y así terminas careciendo de todo el lujo que ellos tienen. Poseen hermosas casas y coches, usan joyas relucientes y vestidos a la moda, asisten a fiestas espléndidas y disfrutan de comidas y vacaciones estupendas, mientras que a ti te encuentran ridículo en tu camino con Jesús. Cuan bendito eres.

La palabra “bendito” puede significar “feliz”. Jesús está diciendo: “Felices los que lloran.” Ante la escasez, las luchas y las molestias, el discípulo de Jesús no reacciona ni con la vergüenza ni con la tristeza. Él sabe que Dios le presta especial atención, debido a su bondad. El favor de Dios descansa sobre él. Así que no anda explicándose a todos y buscando compasión. No aprovecha todas las oportunidades para quejarse y gemir: “La vida es tan injusta. Soy un mártir, pero nadie lo

aprecia. He hecho mucho, pero pocos reconocen el significado de mis actos virtuosos.”

El discípulo de Jesús no es una persona que se queja y se lamenta. Es, al contrario, una persona llena de alegría y esperanza. Se regocija en las circunstancias más difíciles. Cuando las cosas van bien, sigue siendo humilde, sabiendo que mañana puede no funcionar tan bien. No se desespera en los momentos de desolación, recordando que los tiempos mejores siempre vuelven. Él tiene que lidiar frecuentemente con el mal, sin embargo, nunca deja de confiar en Dios en cualquier situación. Está en paz, encuentra consuelo en la silenciosa compañía del Señor. Su alegría ilumina la vida de todos los que cruzan su camino.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.” Una connotación de esta Bienaventuranza que a menudo se pierde es: Bienaventurados los que se han vuelto hambrientos y sedientos de lo que es correcto. En respuesta a la enseñanza de Jesús ellos gastan menos en comer y beber, y disponen de una mayor cantidad de sus ahorros al servicio del Señor y de los pobres; la decisión de dejar a un lado la forma en que podrían estar viviendo hace que sean felices renunciando a comidas costosas, y al manteniéndose alejados de lugares y cosas caras. Qué benditos que son. Es a ellos que Jesús dirá: “Venid, benditos de mi Padre. Heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve

hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber” (Mt 25: 34-35).

Cuán bendito eres si, al menos de vez en cuando, personalmente o a través de una institución, haces esto: “Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos. Entonces serás dichoso, pues aunque ellos no tienen con qué recompensarte, serás recompensado en la resurrección de los justos.” (Lc 14:13-14).

Cuán bendito eres si buscas servir, en lugar de pensar en hacer más dinero o divertirti cada instante. Cuán bendito eres si decides cambiar, en lugar de aferrarte a los rituales del mundo. Cuán bendito eres, si ofreces tu vida por amor a Dios y al prójimo.

Cuán bendito eres si, con el fin de hacer lo que es correcto y justo, vas en contra de las prácticas deshonestas popularmente aceptadas y de otras formas de mala conducta. Cuán bendito eres si el ridículo y la soledad no te disuaden de seguir los mandamientos del Señor. Cuán bendito eres si tu maestro es Jesús y no la riqueza o el estatus social.

Cuán bendito eres si pasas algo de tu tiempo en oración en vez de perder todo el día preocupado por la televisión o la computadora o el teléfono, o los dispositivos de audio y los video-juegos. Cuán bendito eres! Cuán bendito eres!

Oración

Dios, a veces, a causa de mis actividades e intereses, no me detengo para atender a las personas que me necesitan.

A veces, a causa de mis preocupaciones y temores, me olvido de tus mandamientos y promesas.

Con bastante frecuencia, los dejo en el fondo de mi lista de prioridades, y hasta a veces descuido la oración.

Jesús, ayúdame a no estar absorto en mí mismo.

Tu camino interrumpe mis planes, pero entonces Tu poder entrará en acción.

Si lo hubiera dejado actuar!

Habrán dificultades, pero no debo tener miedo; en vez, tengo que aprender a escucharte a Ti.

Tu luz y paz no están lejos de los que te escuchan.

Vamos ahora nuevamente meditar sobre las palabras de Jesús. Detente en cada una de estas lecturas. Es bueno revisarlas periódicamente.

Lectura Diez

Este es mi mandamiento: Ámense unos a otros como Yo os quiero. Nadie tiene mayor amor que este, que uno dé su vida por sus amigos.

En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, lo que queda es solo un grano de trigo, seco; pero si este muere dará muchos frutos. El que ama su vida la pierde, y el que entrega su vida en este mundo la conservará para la eternidad.

Si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos... “No matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no dirás falso testimonio; honrarás a tu padre ya tu madre;” y “amarás a tu prójimo como a ti mismo.”

1. Jn 15:12-13 2. Jn 12:24-25 3. Mt 19:17, 18-19

*

Lectura Once

¡Tengan cuidado! – advirtió a la gente. Absténganse de toda avaricia; la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes.

El ojo es la lámpara del cuerpo. Por tanto, si tu visión es clara, todo tu ser disfrutará de la luz. Pero si tu visión está nublada, todo tu ser estará en oscuridad. Si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué densa será esa oscuridad!

Nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro, o querrá mucho a uno y despreciará al otro. No se puede servir a la vez a Dios y a las riquezas.

1. Lc 12:15 2. Mt 6:22-24

*

Lectura Doce

El campo de un hombre rico había producido una abundante cosecha. Él pensó: “¿Qué voy a hacer? No tengo dónde almacenar el grano.”

Entonces se dijo: “Esto es lo que haré: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes donde pueda almacenar mi excedente de grano. Y me voy a decir a mí mismo: “Tienes grano almacenado para muchos años. Tómate la vida con calma; come, bebe y sé feliz.”

Pero Dios le dijo: “¡Necio! Esta misma noche tu vida te será arrancada. Entonces, ¿quién va a consumir lo que almacenaste para ti? “

Esto es lo que pasará con aquel que acumula riquezas para sí y no sea rico ante Dios.

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones estarán reunidas ante Él, y Él separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda ...

Entonces les dirá a los de la izquierda: “Apartaos de mí, ustedes están malditos, id al fuego eterno preparado por el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y ustedes no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; fui un forastero, y no me invitaron a entrar, necesité ropa, y no me vistieron, estuve enfermo y en la cárcel, y ustedes no me acudieron.”

Ellos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te servimos?”

Él les responderá: “En verdad os digo que todo lo que no hicieron por el más pequeño de éstos, no lo hicieron por mí.”

Entonces estos irán al castigo eterno, como los justos a la vida eterna.

Vendan sus bienes y den a los pobres. Haceos reservas que no perezcan, tesoros que en los cielos nunca fallarán, donde el ladrón no llega, donde no hay polilla

que lo destruya. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón también.

Mas buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo esto os serán añadido.

1. Lc 12:16-21 2. Mt 25:31-33, 41-46 3. Lc 12:33-34
4. Mt 6:33

*

Lectura Trece

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y el mas importante de todos los mandamientos. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros.

Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

1. Mt 22:37-39 2. Jn 14:15-17 3. Jn 8:31-32

*

Lectura Catorce

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os insulten, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Pero ¡ay de ustedes los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo.

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre.

¡Ay de vosotros, los que ahora reís!, porque os lamentaréis y lloraréis.

¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque de la misma manera trataban sus padres a los falsos profetas.

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.

Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.

Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.

Entonces él, dando voces, dijo: “Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.” Pero Abraham le dijo: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado.

Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá.”

Entonces le dijo: “Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento.” Y Abraham le dijo: “A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos.”

Él entonces dijo: “No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.” Mas Abraham le dijo: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.”

Y no temáis á los que matan el cuerpo, mas al alma no pueden matar: *temed antes á aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.*

1. Mt 5:3-12 2. Lc 6:24-26 3. Lc 16:19-31 4. Mt 10:28

YO Parte 2

¿Quién es Jesús? ¿Qué clase de hombre es?

Se necesita mucha fe para aceptar y aplicar las enseñanzas de Jesús. Por eso, este capítulo tratará principalmente con la fe. Esta palabra, sin embargo, tiene varios significados. Aquí, nos concentraremos en la fe como confianza en Jesús, como confianza y fe en él.

Conocer a Jesús es algo íntimamente relacionado y muy concerniente al hecho de tener fe en Jesús. No nos referimos al conocimiento adquiridos únicamente a través de la mente. Llegamos a conocerlo realmente a través de la inspiración del Espíritu Santo y del compromiso personal. Tenemos que reaccionar con valentía para aferrar este conocimiento apenas la inspiración se manifiesta. Invito al lector a participar en este proceso de descubrimiento respondiendo a las preguntas planteadas en este capítulo.

Esto que estamos haciendo incluye el pedir a Dios que responda a nuestras oraciones.

Y vamos a reflexionar no sólo los dichos de Jesús, sino también algunos de los milagros que realizó.

Este es el primero de ellos.

Ese día, cuando llegó la noche, les dijo: “Pasemos al otro lado.” Y dejando la multitud, lo llevaron con ellos, tal como estaba, en la barca. Y había otras barcas con él. Y una gran tempestad de viento se levantó, y las olas entraban en el barco, que empezó a inundarse. Pero él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: “Maestro, ¿no te importa si perecemos?” Y él se despertó, reprendió al viento, y dijo al mar: “¡Paz! Calmaos!” Y cesó el viento, y hubo una gran calma. Él les dijo: “¿Por qué tenéis miedo? No tenéis fe?” Y ellos se llenaron de temor, y se decían unos a otros: “¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?”

(Mc 4:35-41)

¿Qué hicieron los discípulos que provocó que Jesús les preguntara: “¿No tenéis fe?” Por favor, toma parte en el ejercicio y vuelve a examinar el pasaje para averiguarlo.

¿Alguna vez le has dicho a Jesús: “Maestro, ¿no te importa si perecemos?” ¿Alguna vez has hablado con Él como si estuviera dormido y se hubiera olvidado de ti?

Después del milagro, la pregunta que los hombres se hicieron entre ellos fue, “¿Quién es éste?” Esta es una de las dos preguntas principales de este capítulo, sobre las que invitamos al lector a reflexionar. Cuando le rezo a Jesús, a quien pienso que estoy rezándole?

La pregunta se formula de una manera diferente en el Evangelio según San Mateo. “¿Qué clase de hombre es éste? Que hasta el viento y el mar le obedecen?” (Mt 8:27)

¿Qué clase de hombre es este Jesús a quien pedimos favores tan a menudo? Esta es la segunda pregunta importante que pedimos al lector que analice.

Aquí está un segundo milagro.

Pero a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos andando sobre el mar. Los discípulos, viéndolo andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: “¡Un fantasma!” Y gritaron de miedo. Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: “¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis.” Entonces le respondió Pedro, y dijo: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.” Y él dijo: “Ven.” Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: “¡Señor, sálvame!” Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (Mt 14:25-31)

¿Cual fue el problema de Pedro? ¿Qué lo causó?

El próximo milagro revela no una falta de fe sino la abundancia de esta última.

Al irse Jesús de allí, dos ciegos le siguieron, gritando y diciendo: “¡Hijo de David, ten misericordia de nosotros!” Y después de haber entrado en la casa, se acercaron a El los ciegos, y Jesús les dijo: “¿Creéis que puedo hacer esto?” Ellos le respondieron: “Sí, Señor.” Entonces les tocó los ojos, diciendo: “Hágase en vosotros según vuestra fe.” Y se les abrieron los ojos.

(Mt 9:27-30)

Cuanta importancia le da Jesús a la fe! “Hágase en vosotros *según vuestra fe*.” Los dos ciegos ni siquiera podían ver a Jesús; simplemente creyeron en El. Y debido a esta certidumbre, su vista fue restaurada.

Esta tremenda fe en Jesús puede ser tuya también. Para ayudarla a crecer, te recomendamos que sigas al pie de la letra dos mandatos específicos de Jesús.

El primero es:

Al orar, no masculléis como los paganos, que creen que serán escuchados por sus muchas palabras. No seáis como ellos. Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo. (Mt 6:7-8)

Esta es la oración de ruego. Cuando le pides algo a Dios, pídeselo muy brevemente. Si utiliza muchas palabras, Jesús dice que te comportas como los paganos. Tu sabes lo que son los paganos – no tienen fe en Dios.

Es mas, cuando insistes una y otra vez, a menudo estás dándole instrucciones a Dios. Pero Dios no necesita que le digas lo que tiene que hacer. Él conoce tus necesidades, incluso antes de que abras la boca.

Pocas palabras fueron empleadas por los que oraban en la historia anterior, y también en las siguientes.

Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente. Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: “Señor, si quieres, puedes limpiarme.” Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: “Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció.” (Mt 8:1-3)

¿Cuál fue la oración del leproso?

Encuentra la oración de la siguiente persona.

En esto, una mujer enferma de flujo de sangre desde hacía doce años se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto, porque se decía a sí misma: “Con sólo tocar su manto, seré salva.” Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: “Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado.” Y la mujer fue salva desde aquella hora. (Mt 9:20-22)

¿Cuál fue su oración? ¿Le dijo algo a Jesús? ¿Hizo un gran alboroto? ¿Se colgó desesperadamente de la capa de Jesús con toda su fuerza, o simplemente tomó contacto con un pequeño borde de la misma?

Jesús estaba tan impresionado que la sanó inmediatamente.

La segunda recomendación, para que crezcamos más fuertes en la fe, es la siguiente: no te preocupes. Jesús dijo:

“¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se angustie, añadir a su estatura un codo?... Observen cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni hilan; sin embargo, les digo que ni siquiera Salomón, con todo su esplendor, se vestía como uno de ellos. Si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, gente de poca fe? Así que no se preocupen.” (Mt 6:27, 28-31)

¿Cuáles son tus preocupaciones? Algunos de las más se revelan en estos pensamientos: “¿Está Jesús dispuesto a darme lo que le pido? Le importo? No he estado muy bien últimamente – mis sentimientos de culpa y mi conciencia atribulada probablemente significan que no me va a escuchar. Es muy fácil perder el favor de Dios. Lo que pido es tan imposible, dudo que Él tenga el

poder de realizar este milagro. ¿Hace Él este tipo de cosas? ¿Cómo me va a ayudar? ¿Llegará su ayuda a tiempo? ¿Me hará esperar interminablemente? ¿Me pondrá en evidencia y me avergonzaré? ¿Me dará exactamente lo que quiero, o sustituirá mi pedido con algo que no me gusta? Si lo sustituye, me va a satisfacer? Y aun si mi deseo se cumple, ¿será una realidad permanente o sólo una ilusión temporal?”

Aquí está el próximo milagro.

Cuando Jesús alzó la vista y vio una gran multitud que venía hacia él, le dijo a Felipe: “¿Dónde vamos a comprar pan para que coma esta gente?” Esto lo dijo sólo para ponerlo a prueba, porque él ya sabía lo que iba a hacer. “Ni con el salario de ocho meses podríamos comprar suficiente pan para darle un pedazo a cada uno,” respondió Felipe. Otro de sus discípulos, Andrés, que era hermano de Simón Pedro, le dijo: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, pero ¿qué es esto para tanta gente?” “Hagan que se sienten todos,” ordenó Jesús. En ese lugar había mucha hierba. Así que se sentaron, y los varones adultos eran como cinco mil. Jesús tomó entonces los panes, dio gracias y distribuyó a los que estaban sentados todo lo que quisieron. Lo mismo hizo con los pescados. (Jn 6:5-11)

¿Qué hizo Jesús? Él hizo que la gente se sentara! Fue después de que se sentaron que se repartió la comida. Cuando le pedimos algo a Jesús, vamos, también nosotros, a sentarnos espiritualmente. Vamos a despojarnos de nuestros miedos. Que nuestras aprensiones descansen. Dejemos que la paz baje a nuestras emociones. Dejemos que Jesús dispense sus dones entre los que permanecemos tranquilos y disciplinados.

El Evangelio según Marcos añade: “Todos comieron y fueron saciados” (Mc 6:42). Lo que era pan seco y pescado rancio, tocado por la mano de Jesús, se convirtió en delicioso y provechoso. Jesús satisface. Él nos satisface a todos.

No te angusties. Jesús no dijo: “Pide, y tal vez, si te lo mereces, puede ser que recibas. Busca, y si tienes suerte, a lo mejor encuentras. Llama, y si me apetece, a lo mejor abro la puerta.” No. Él dijo:

Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre. ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente? Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!

(Mt 7:7-11)

Cuando Dios da, es siempre un reflejo de su amor inconmensurable hacia ti. Si te hace sustituciones, estas te traerán alegría, y satisfarán los anhelos más profundos de tu corazón, de los que ni tu mismo eres conscientes. Él dará en el momento y en el lugar adecuados, porque Él sabe cómo proveer a sus hijos.

Por favor, cuando le pidas algo a Dios usa muy pocas palabras; y después de pedirle, no te preocupes. Tu padre no te defraudará.

Los siguientes pasajes describen la dura prueba a la que fue sometida la fe de varios de los seguidores de Jesús. Uno lo traicionó. Uno lo negó. Todos lo abandonaron.

Todavía estaba hablando Jesús cuando llegó Judas, uno de los doce. Lo acompañaba una gran turba armada con espadas y palos, enviada por los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña: “Al que le dé un beso, ese es; arréstenlo.”

(Mt 26:47-48)

Lo prendieron, lo llevaron y lo condujeron a casa del Sumo sacerdote. Y Pedro lo seguía de lejos. Encendieron fuego en medio del patio y se sentaron alrededor; también Pedro se sentó entre ellos. Pero una criada, al verlo sentado cerca del

fuego, se fijó en él y dijo: “También éste estaba con él.” Pero él lo negó, diciendo: “Mujer, no lo conozco.” (Lc 22:54-57)

Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyer. (Mt 26:56)

Trata de responder a estas preguntas: ¿Por qué Judas traicionaría a Jesús? ¿No le gustaba la clase de reino que Jesús quería establecer? ¿Perdió la fe en la visión de la vida que tenía Jesús, y prefirió ceder a la tentación del diablo? ¿Por qué los apóstoles lo abandonaron? ¿Temían por su seguridad personal? ¿Perdieron la fe en el camino de Jesús? ¿Por qué Pedro negó a Jesús? ¿Se avergonzaba de él? ¿Perdió la fe en su Maestro?

Fíjate que cuando Pedro dijo: “No lo conozco,” su intención era esconder la verdad. Tuvo la intención de mentir, pero en realidad, y sin darse cuenta, dijo la verdad. Indudablemente no conocía a Jesús. En Cesaréa de Filipo, Jesús preguntó: “Pero, ¿quién decís que soy yo?” Pedro le había contestado: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16:16). Pero, ¿qué significaba eso realmente para Pedro? ¿Cómo esa respuesta afectó sus acciones? ¿Mejoró Pedro como persona diciendo esto?

¿Qué sucede cuando rezas el Credo: “Creo en Dios”? ¿Influye esto en tus decisiones? ¿Mejora tu conducta? ¿Disipa tus miedos en tiempos de crisis?

El término chino para la crisis es *wei-ji*. Por sí misma, la palabra *wei* sola significa “peligros”, y *ji* solo significa “oportunidades.” Cuando pasamos por una crisis, a menudo vemos los peligros, pero rara vez detectamos las oportunidades. Oramos a Jesús, pidiéndole protección, implorando que elimine los obstáculos y que nos saque de la tormenta. A menudo, parece que Jesús no escucha. Su respuesta tarda tanto en llegar que empezamos a alarmarnos. Creemos que la amenaza no terminará jamás. Pero ¿nos preguntamos el porqué de los retrasos de Jesús? ¿Puede ser que Él quiera darnos el tiempo de descubrir las oportunidades – las oportunidades de cambiar, de crecer, de hacer las cosas de otra manera? ¿Puede ser que quiera que usemos esta interrupción para que veamos nuestros problemas desde otro punto de vista, para que entendamos más profundamente nuestra condición humana, nuestras limitaciones y las limitaciones impuestas a todos los seres mortales por el tiempo, el espacio y la naturaleza de la creación? ¿Puede ser que él quiera que prestemos más atención a alguien que nos necesita, o que perfeccionemos nuestra unión con los que nos rodean?

Tal vez él quiere que nos demos cuenta que vivimos en una situación que debe corregirse. Tal vez él quiere poner fin a una relación ilícita. Tal vez él quiere evitar que tomemos parte en una actividad determinada, o que descartemos un mal hábito.

Tal vez Él está esperando nuestro consentimiento para una misión que él quiere que realicemos. Tal vez nos está pidiendo que le incluyamos como socio en los proyectos que estamos realizando. Tal vez quiere que pasemos más tiempo con Él en oración. Tal vez quiere que confiemos en Él a través de una entrega completa.

Si tu fe es débil en este momento, no te desanimes. Aprende de los apóstoles. Como puedes ver, ellos no eran mejores que la mayoría de la gente: la fe que ellos tenían en Jesús se derrumbó lastimosamente en la noche del Jueves Santo. Quedaron confundidos. Destrozados. Sus sueños se vinieron abajo. Sin embargo, tres días después de la noche aterradora de la traición, del abandono y la negación, y después de que Jesús sufrió, murió y resucitó, solo tres días después, los apóstoles empezaron a aprender el verdadero significado de la fe. Tres días! Un tiempo muy corto.

Observa lo que pasó en la tercera aparición de Jesús después de su resurrección. (Este es el último milagro presentado en este capítulo.)

Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberíades; y se manifestó de esta manera:

Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Nathaniel el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: “Voy a pescar.” Ellos le dijeron:

“Vamos nosotros también contigo.” Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.

Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: “Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” Le respondieron: “No.” El les dijo: “Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis.” Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: “¡Es el Señor!” Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos.

Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: “Traed de los peces que acabáis de pescar.” Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: “Venid, comed.” Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Tú, quién eres?” Sabían que era el Señor. (Jn 21:1-12)

¡Por fin! Ellos vinieron a conocer a Jesús. Y no sólo lo conocieron sino que entendieron como era: el que todo lo ve, el que todo lo cuida, el Señor omnipotente. En la serenidad de la madrugada, se sentaron con Él en silencio. Pocas palabras necesitaban decir mientras comían lo que Él servía. Todas sus angustias habían desaparecido. Tomaron su lugar la confianza y la paz.

La transformación de la fe de los discípulos tomó varios años, pero la etapa crucial sucedió en cuestión de días. Podemos acelerar la llegada de ese momento crucial de la transformación de nuestra propia fe, siguiendo estos dos preceptos sin compromiso: “Al orar, no masculléis como los paganos,” y, “No te preocupes.” Obedece estas dos reglas fielmente, sin voltear ni a la derecha ni a la izquierda. Aférrate a la palabra de Jesús. Entonces verás tu fe aumentar vertiginosamente. Comenzarás a descubrir los milagros que Él está realizando en tu vida. Vas a empezar a entender qué gran amigo es Jesús. Empezarás a experimentar una unidad sencilla y llena de alegría con Él. Comenzarás a saber quién realmente es Él. Comenzarás a saber como es. Empezarás a conocerlo.

Jesús nos dijo en Jn 6:47, y dijo a su Padre en Jn 17:3:

“En verdad en verdad os digo, el que cree en mí, tiene el reino de los cielos.”

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”

Si sigues la lógica de estas dos declaraciones, verás que creer es conocer a Dios, creer es conocer a Jesucristo, nuestro Señor.

El elogio más alto que puede extenderse a su amante Salvador es la fe sin reservas en Él. Ofrécele este tributo, ahora y siempre. Amén.

Oración

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
Creador mío y de mis seres queridos,
Creador que aprecia la obra de sus manos.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
que se entregó
para salvarnos de todos los males,
para que nuestros pecados sean perdonados,
para que podamos tener gozo eterno.

Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
Señor y dador de amor,
Señor y dador de valor y sabiduría.

Creo que Dios nos hizo como amigos, no extraños.
Él nos hizo como familia, no como desconocidos.
Él nos hizo para el bien, no para el desastre.
A partir de este día voy adelante con confianza,
en la fe,
en la comprensión,
en paz.

YO Parte 3

En la Lectura Catorce escuchamos a Jesús decir: “Bienaventurados seréis cuando os insulten, os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.” Cuando la gente te insulte y te persiga por causa de Jesús, cuando se digan mentiras acerca de ti y hablen todo tipo de mal contra ti, no tengas miedo. Alégrate. Sé feliz. Salta de alegría. Estás en compañía de los profetas. Está en compañía del profeta más grande de todos – el mismo Jesús.

En la Lectura Quince lo oirás decir: “Acordaos de lo que os he dicho, ‘No es el siervo más que su amo.’ Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.” Estás siguiendo las huellas de tu Maestro. Te estás volviendo como Él. Eres lo que Él quiere que seas. “Ningún discípulo es superior al maestro; pero cuando están bien entrenados, cada discípulo, será como su maestro” (Lc 6:40).

“Serás llevado ante gobernadores y reyes por mi causa, como testimonio ante ellos y los gentiles.” Los gobernadores y reyes de hoy pueden ser los directores de la empresa, o tu superior inmediato, o incluso tu cónyuge.

Puede que tenga que responder a ellos por tus decisiones y acciones cristianas. “¿Cómo se atreve usted a oponerse a la política de la empresa con escrúpulos éticos? ¿Por qué no fue tan despiadado como debería haber sido en este deudor? ¿Por qué no reprende con más dureza al que cometió errores? ¿Por qué no cogiste todo lo que era nuestro por derecho?” No te asustes cuando te interroguen. Jesús te ha dicho de antemano que te permite hacerle frente a estas personas como testigo suyo.

“Cuando los entreguen, no se preocupen por cómo van a hablar o lo que van a decir. Se le dará en ese momento lo que van a decir. Porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.”

En la Lectura Dieciséis Jesús dice: “Así que no tengas miedo de ellos. Todo lo que ahora está cubierto será descubierta, y todo lo que ahora está oculto se aclarará.” No te aflijas si la gente te entiende mal o te acusan injustamente. Todo será revelado y se arreglará en el momento oportuno. No hay necesidad de reaccionar precipitadamente o de defenderse deshonrosamente, no te sientas llamado a tomar venganza. Mantén abierta la comunicación; averigua las causas de la fricción; analiza tu caso con prudencia; ora para que Dios te dé su ayuda. Ora por aquellos que te hacen daño.

Al mismo tiempo, no envidies los aparentes éxitos de los malhechores y incrédulos. Dios tratará con ellos. En la siguiente Lectura (Diecisiete), Jesús dice: “Así

como se arranca la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los que causan escándalo y todos los malhechores, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.”

En la misma Lectura, la parábola de la cizaña entre el trigo da alguna información sobre el problema del mal. Los enemigos de Dios tratan constantemente de destruir su pueblo; el Señor es plenamente consciente de ello, pero tiene perfecto control de la situación. Él permite a los hijos de la luz a vivir junto a los hijos de las tinieblas, absolutamente seguros de sus planes trascendentes e inescrutables. Al orar por los apóstoles en la Última Cena, Jesús dijo a su padre: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del Maligno” (Jn 17:15). Los discípulos no tenían que ser retirados a un ambiente sano y protegido. Ellos podían funcionar perfectamente en la Tierra y alcanzar la santidad, bajo la protección de Dios.

En tales circunstancias, habrán dificultades y sufrimientos sin duda alguna; pero si confiamos en los designios y proyectos de Dios, si lo amamos, si nos prestamos apoyo los unos a los otros cuando estamos en dificultad, entonces todas las cosas se armonizarán para nuestro bien. Ten presente la garantía que nos da Jesús:

“En el mundo tendréis aflicción, pero tened valor: yo he vencido al mundo” (Jn 16:33).

Esto no quiere decir que podemos ser menos vigilantes contra las fuerzas del mal. ¡No! Lo que significa, sin embargo, es que no tenemos que tener miedo.

Cuando los problemas aparezcan, no te deprimas repitiéndotelos todo el día una y otra vez. En vez de hacer esto empieza a aprender de ellos. Comienza la búsqueda de las buenas soluciones. Ora por tener la orientación correcta. Lo mejor es orar antes de buscar el asesoramiento de otras personas o de los libros de la biblioteca parroquial.

En la Lectura Dieciocho tocamos un argumento que puede ser una fuente de escrúpulos que irritan a los cristianos, es decir, nuestra falta de progreso en la conversión de algunos pecadores. Jesús dice: “Si tu hermano peca contra ti, ve y dile su falta entre tú y él solos. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano.” Asegúrate de que tu realmente haces eso. Pasa al paso siguiente sólo si el primero te falla. “Si no te escucha, toma una o dos personas más, junto contigo, de modo que cada hecho pueda ser establecido por el testimonio de dos o tres.” Si esto no produce el efecto deseado, entonces da el tercer paso recomendado. “Si se niega a escucharlos, dilo en la iglesia.” Si no se obtiene nada tampoco así, aquí es lo que Jesús dice que hagas. “Si se niega a escuchar a la iglesia, entonces trátalo como si fuera un

gentil o un publicano.” No estás obligado a hacer más, ya hiciste todo lo posible. Encomiéndalo entonces a las manos de Dios en tus oraciones.

Sí, debemos corregir – con amor, con respeto, y no a través de ataques de ira, sarcasmos o intimidación. Pero no debemos inquietarnos si no hay signos visibles inmediatos de lo que esperamos lograr. Jesús dijo: “Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré el último día. Está escrito en los Profetas: ‘Y serán todos enseñados por Dios.’” Dios mismo les enseñará. Él los atraerá. Él cuidará de ellos a su manera.

A veces Jesús puede usarte para atraer la gente hacia Él, incluso sin que te des cuenta. Y te va a usar con más frecuencia si le dejas ser tu guía. “*Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres*” (Mt 4:19). Sigue a Jesús, sigue sus pasos, permítele ser tu guía, y serás capaz de conquistar almas para Él.

”¿A qué puedo comparar el reino de Dios? Es como la levadura que una mujer tomó y mezcló [en] con tres medidas de harina de trigo hasta que toda la masa de la pasta fue leudada” (Lc 13:20-21). La vida de Dios se difunde a través de sus fieles seguidores. En cuanto tu hagas tu parte, los demás serán influenciados. Por lo tanto, adhiere a las enseñanzas de Jesús y muchos serán afectados y transformado en el curso del tiempo.

La Lectura Diecinueve cierra la Sección II. Una vez más, tenemos una narración. Ésta se refiere a la pasión y muerte de Jesús. En Getsemaní, Jesús está

momentáneamente inundado por sus emociones humanas. El horror, la angustia y el dolor caen sobre Él. Está tan reacio a aceptar la dura prueba inminente, que le ruega a su padre: “Aleja de mí este cáliz.” Sin embargo, su amor por el Padre prevalece; Él está dispuesto a obedecer en todo lo que se le pida. Al final, dice, “Pero hágase tu voluntad y no la mía.” Del mismo modo que enseñó a sus discípulos a amar guardando sus mandamientos, así Jesús ama a su Padre obedeciendo a todo lo que este le pide.

Después de esto, Judas traiciona a Jesús con un beso. En nuestras relaciones, desconfiemos de los signos superficiales de camaradería. Los falsos amigos saben disfrazar sus malvadas intenciones con gestos aparentemente amables. Y nunca asumas que los falsos amigos se encuentran sólo en los círculos no religiosos. Judas Iscariote fue un apóstol! No te sorprendas de que dentro de la Iglesia haya gente que traiciona a Jesús. No te dejes engañar por ellos.

En esta Lectura, vemos que Jesús sanó el criado de su acusador, cuya oreja había sido cortada. En lugar de tomar represalias, Él respondió con amabilidad.

“... y los soldados se lo llevaron. Jesús salió cargando su propia cruz hacia el lugar de la Calavera (que en arameo se llama Gólgota). Allí lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio.” Jesús ahora está entre los condenados. Nosotros también podríamos tener el mismo destino. Nuestra

lealtad a Jesús puede hacer que el mundo nos tilde de criminales, derrochadores, tontos, poco prácticos, pasados de moda, de mente estrecha, débiles. Estas deficiencias pueden provocar que seamos socialmente crucificados por nuestro pares. El insulto y la falta de respeto se pueden soportar en silencio solo cuando tenemos una fe inquebrantable en las enseñanzas de Jesús.

En su corta vida en la tierra, Jesús fue rechazado muchas veces. Cuando tu encuentres rechazo no te entristezcas, alégrate de que, por un tiempo, como nuestro Señor, tendrás que hacer frente a los desaires y a la falta de conocimiento de los socarrones.

“A las tres, Jesús gritó con voz fuerte: *‘Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?’* Esto significa ‘Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?’” No sentía mucho la presencia de Dios. Impertérrito, afirmó resueltamente: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” A pesar de que el camino parece ir inevitablemente hacia la desgracia y el fracaso, se entrega totalmente a su Padre.

La Lectura Diecinueve nos deja con la pregunta de si también nosotros como seguidores de Jesús, llegamos a amar y confiar en Dios en la medida de nuestro Maestro lo hizo. ¿Seremos fieles a sus preceptos, incluso si nos cuesta todo? ¿Nos atrevemos colocar nuestra fidelidad por encima de la reputación, por encima de la ambición, por encima de la seguridad económica? ¿Podemos dejar

de lado nuestros elaborados planes? ¿Estamos dispuestos a dar la vida por Jesús tal como hizo Él por su padre?

“Un comandante romano estaba de pie allí, delante de Jesús. Él escuchó su grito y vio cómo Jesús murió. Luego dijo: ‘Este hombre era sin duda el Hijo de Dios.’” El comandante era un pagano, pero incluso él reconoció que Jesús era el Hijo de Dios. Recuerda la enseñanza de la Lectura Dos: “Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo” (Lc 6:35). Recuerda también esta bienaventuranza: “Bienaventurados los pacificadores: porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt 5:9). Jesús continúa amando a sus enemigos. Él no deja de hacer el bien a los que lo hieren. Él crea paz entre Dios y el hombre. Solo estas cosas llevan a la gente a llamarlo Hijo de Dios. Nosotros también podremos algún día ser reconocidos como hijos de Dios, si ante el mal y la oposición nos mantenemos, sin miedo, fieles a sus mandamientos. Si lo amamos con todo nuestra alma y con todo nuestro corazón, sin prestar atención al prestigio o la seguridad personal, si nos enfrentamos a nuestros perseguidores con fortaleza heroica, si seguimos a Jesús aún hasta la muerte, creyendo valientemente en Él y en sus promesas, entonces, un día, no sólo los cristianos, sino los paganos también, glorificarán a Dios a través de nosotros con gritos de alabanzas: “Este hombre es seguramente un hijo de Dios! Esta mujer es sin duda una hija del Altísimo!

Este discípulo seguramente ha llegado a ser como su Maestro!”

Oración

Señor, eres un Dios que amas,
y que siempre oyes mis oraciones.
Sin embargo, cuando mis peticiones no son concedidas
rápidamente,
el miedo me arrastra; me siento desvalido, mi espíritu se
cansa.
En estos tiempos, es importante que no pierda la
esperanza.
Porque tú estás allí silenciosamente.
No te olvidas de tu pueblo;
nunca abandonas a los tuyos.
Me abrazas fuerte.
En el momento justo, el día correcto,
tu me concederás los deseos de mi corazón.
Señor, tu eliges el tiempo,
tu decides el lugar.
Hágase tu voluntad.
Hágase tu voluntad.
Porque tu voluntad no conduce ni a la miseria ni a la
derrota.
Es el camino más corto y más seguro para obtener la
victoria triunfante.

Lectura Quince

Si el mundo os odia, sabed que a mí me odió primero. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, y yo os elegí fuera del mundo, el mundo os aborrece. Acordaos de lo que os dije, “El siervo no es más que su amo.” Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.

Serás llevado ante gobernadores y reyes por mi causa como testigo ante ellos y ante los paganos. Cuando os entreguen, no os preocupéis por como vais a hablar o lo que vais a decir. Les será dado en el momento lo que vais a decir. Porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.

Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre, pero el que persevere hasta el fin será salvo. Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra. En verdad os digo, que no terminarán de recorrer todas las ciudades de Israel antes de que el Hijo del Hombre venga.

En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y sollozaréis, mientras el mundo se alegrará; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. Cuando una mujer está en trabajo de parto, está angustiada porque su hora ha llegado; pero cuando ha dado a luz a un niño, ya no se acuerda del dolor por la

alegría de que un niño ha nacido al mundo. Igualmente vosotros estáis angustiados. Pero os veré de nuevo y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría.

Os he dicho esto para que podáis tener paz en mí. En el mundo tendréis aflicción, pero tened valor: yo he vencido al mundo.

1. Jn 15:18-20 2. Mt 10:18-20 3. Mt 10:22-23 4. Jn 16:20-22 5. Jn 16:33

*

Lectura Dieciséis

El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de la familia llamaron Belcebú, ¿cuanto más a los de su casa?

Así que, no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse. Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído predicadlo desde los terrados.

Y no temáis á los que matan el cuerpo, mas al alma no pueden matar: temed antes á aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae á

tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis: más valéis vosotros que muchos pajarillos.

Cualquiera pues que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos. Y cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos.

1. Mt 10:24-33

*

Lectura Diecisiete

El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras dormían los trabajadores, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando el trigo brotó y dio fruto, apareció también la cizaña. Entonces, los siervos fueron a preguntarle al dueño del terreno: “Señor, ¿acaso no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde salió la cizaña?” El dueño les dijo: “Esto lo ha hecho un enemigo.” Los siervos le preguntaron: “¿Quieres que vayamos y la arranquemos?” Y él les respondió: “No, porque al arrancar la cizaña podrían también arrancar el trigo. Dejen que crezcan lo uno y lo otro hasta la cosecha. Cuando llegue el momento de cosechar, yo les diré a los

segadores que recojan primero la cizaña y la aten en manojos, para quemarla, y que después guarden el trigo en mi granero.”

Y así como se arranca la cizaña y se quema en el fuego, así también será en el fin de este mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y ellos recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo y a los que hacen lo malo, y los echarán en el horno de fuego; allí habrá llanto y rechinar de dientes. Entonces, en el reino de su Padre los justos resplandecerán como el sol. El que tenga oídos, que oiga.

1. Mt 13:24-30 2. Mt 13:40-43

*

Lectura Dieciocho

No den ustedes lo santo a los perros, ni echen sus perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan contra ustedes y los despedacen.

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo cuando él y tú estén solos. Si te hace caso, habrás ganado a tu hermano. Pero si no te hace caso, haz que te acompañen uno o dos más, para que todo lo que se diga conste en labios de dos o tres testigos. Si tampoco a

ellos les hace caso, hazlo saber a la iglesia; y si tampoco a la iglesia le hace caso, ténganlo entonces por gentil y cobrador de impuestos.

Si en algún lugar no los reciben ni los escuchan, salgan de allí y sacúdanse el polvo de los pies, como un testimonio contra ellos.

Si no han escuchado a Moisés y a los profetas, tampoco se van a convencer si alguien se levanta de entre los muertos.

Déjenlos, pues son ciegos que guían a otros ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo.

Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trae. Y yo lo resucitaré en el día final. En los profetas está escrito: “Y todos serán enseñados por Dios.”

Ustedes no me eligieron a mí. Más bien, yo los elegí a ustedes, y los he puesto para que vayan y lleven fruto, y su fruto permanezca; para que todo lo que pidan al Padre en mi nombre, él se lo conceda.

Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos.

1. Mt 7:6 2. Mt 18:15-17 3. Mc 6:11 4. Lc 16:31 5.
Mt 15:14 6. Jn 6:44-45 7. Jn 15:16 8. Mt 8:22

*

Lectura Diecinueve

Al llegar a un lugar llamado Getsemaní, Jesús les dijo a sus discípulos: “Siéntense aquí, mientras yo voy a orar.” Se llevó consigo a Pedro, Jacobo y Juan, y comenzó a entristecerse y angustiarse. Les dijo: “Siento en el alma una tristeza de muerte. Quédense aquí, y manténganse despiertos.” Se fue un poco más adelante y, postrándose en tierra, oró que, de ser posible, no tuviera que pasar por ese momento. Decía: “¡Abba, Padre! Para ti, todo es posible. ¡Aparta de mí esta copa! Pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.”

Mientras Jesús estaba hablando, se hizo presente una turba, al frente de la cual iba Judas, que era uno de los doce y que se acercó a Jesús para besarle. Jesús le dijo: “Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?” Cuando los que estaban con él se dieron cuenta de lo que pasaba, le dijeron: “Señor, ¿echamos mano a la espada?” Uno de ellos hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Pero Jesús les dijo: “¡Basta! ¡Déjenlos!” Tocó entonces la oreja de aquel hombre, y lo sanó.

Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Entonces Pilatos lo entregó a los soldados para que lo crucificaran. Y ellos tomaron a Jesús y se lo llevaron.

Con su cruz a cuestas, Jesús salió al llamado ‘Lugar de la Calavera’, que en hebreo es ‘Gólgota’, y allí lo crucificaron. Con él estaban otros dos, uno a cada lado suyo, y Jesús en medio de ellos.

Uno de los malhechores colgados se burlaba de Jesús y le dijo: “¿No eres tú el Cristo? Sálvate! Sálvanos!”

Pero el otro criminal lo reprendió. “¿Ni siquiera temes a tu Dios a pesar de que estás bajo la misma condena? Y nosotros estamos siendo castigados justamente, porque recibimos lo que merecemos por nuestros hechos; pero éste nada malo ha hecho.” Y dijo: “Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.” Entonces Él le dijo: “En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.”

A las tres, Jesús gritó con voz fuerte: “*Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?*” Esto significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Jesús gritó con voz fuerte: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” Y habiendo dicho esto, expiró.

Un comandante romano estaba de pie allí, delante de

Jesús. Él escuchó su grito y vio cómo Jesús murió. Entonces dijo: “Este hombre era sin duda el Hijo de Dios.”

1. Mc 14:32-36 2. Lc 22:47-51 3. Mt 26:56 4. Jn 19:16-18 5. Lc 23:39-43 6. Mc 15:34 7. Lc 23:46 8. Mc 15:39

SECCIÒN III VIVE EL EVANGELIO DE JESÙS

VIVE EL EVANGELIO DE JESÙS

Parte I

Esto lo vimos en la última Lectura: “Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.” ¿Alguna vez has abandonado a Jesús? ¿Alguna vez has sido engañado para seguir la comodidad de descartarlo a Él como una costumbre anticuada? ¿Alguna vez fuiste tentado a considerar superfluos Sus mandamientos? ¿Alguna vez has rechazado las enseñanzas de los líderes de su Iglesia porque parecían no haber alcanzado las deducciones alcanzadas de tus amigos e informantes, con todo su autoproclamado conocimiento exhaustivo, su investigación imparcial y sus opiniones impecables?

Si alguna vez has alejado de Él, no importa cuál sea la causa, la pregunta importante es: ¿Volverás a Él ahora? Él no guarda rencores.

Cuando Jesús predijo la negación de Pedro, le anunció: “Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido zarandearos como si fuerais trigo. Pero yo he orado por ti, para que no falle tu fe. Y tú, cuando hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos” (Lc 22:31-32). Con esto, Jesús te está diciendo también que Satanás puede haber tratado de separarte de Dios debilitando tu fe y removiendo tu lealtad. Pero el Señor respetó tu libertad y dejó que te alejaras, seguro de que una vez que volvieras a Él le

darías vigor a tus hermanos y hermanas con comprensión y humildad. Dios sabe sacar buenos frutos de las situaciones potencialmente malas.

Si te has alejado de Jesús, no tengas miedo de volver a Él. Te está esperando con los brazos abiertos. Si alguna vez dudas de su deseo de que tu corazón regrese a Él o de su anhelo de perdonarte, reflexiona profundamente sobre el motivo por el cual dio su vida. Hasta en la cruz oró diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23:34). Él, directamente, sin intermediarios, te perdona todos tus pecados y debilidades e intercede en tu favor.

No hay daños irreparables si aceptas a Jesús y confías en Él. El ladrón crucificado junto a Él lo demuestra en un momento tan hermoso y conmovedor. Pidió ser recordado cuando Jesús entrara en su reino y recibió esta promesa: “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23:43).

Cuando Jesús se apareció a sus discípulos en la noche siguiente a su resurrección, ocurrió esto: “Vino Jesús, y puesto en el medio, les dijo: ‘Paz a vosotros.’ Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: ‘Paz a vosotros.’” (Jn 20:19-21). Fíjate que Jesús no dijo ni una palabra de rechazo. No reclamó la deslealtad del grupo. No los reprendió. Vino hacia ellos con un saludo de paz. Les trajo un gesto de buena voluntad. Hizo que sus corazones

atribulados se sintieran a gusto. Esa es la forma en la que Él se comporta con los que lo han abandonado temporalmente.

Se ofrece a nosotros en su amistad. “Él les mostró las manos y el costado.” Exponiendo sus heridas, sus cicatrices de guerra, Él demostró la familiaridad que un hombre muestra sus amigos, no a sus enemigos. “Jesús les dijo *otra vez*: ‘La paz esté con ustedes,’” haciendo hincapié en su deseo de reconciliación.

Él continuó diciendo: “Así como el Padre me envió, también yo os envió.” Luego sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20:21, 22). Todavía quería tratar a sus discípulos como su padre lo trataba a Él; todavía quería enviarlos por el mundo; todavía quería infundirles el Espíritu Santo. Es lo mismo contigo, aún si alguna vez lo has abandonado por un tiempo. Él todavía quiere que seas su discípulo; Él todavía quiere que seas su compañero en su misión; él todavía quiere derramar su Espíritu sobre ti sin reservas.

“Entonces les abrió el entendimiento para que pudieran comprender las Escrituras, y les dijo: ‘Así está escrito, y así era necesario, que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicara *el arrepentimiento y el perdón* de los pecados en todas las naciones’” (Lc 24:45-47). Pidió a sus discípulos que predicaran el perdón. Si lo has abandonado no olvides esto: Él te perdona. Jesús también se aseguró de que sus discípulos predicaran el

arrepentimiento. Aleja tu corazón y tu mente del pecado y vuelve a Dios.

Ahora llegamos a la sección III, “Vive el Evangelio de Jesús.” *Vivir* el Evangelio de Jesús significa *hacer lo que Él enseñó* y no sólo escuchar sin hacer nada. *Vivir el Evangelio de Jesús* significa llevar a cabo *lo que Él enseñó* y no simplemente contentarse con seguir en un camino que relega sus enseñanzas a una posición sin importancia en nuestra rutina diaria. Todos los cristianos, y especialmente los que tienen misión de servicio, para vivir el evangelio de Jesús, deben ir más allá de la multitud cuyas máximas preocupaciones son llevar una vida física, social y psicológicamente equilibrada, comer una dieta saludable, tomar la dosis diaria recomendada de vitaminas y hierbas, el ejercicio, el uso de los cosméticos y los equipos adecuados, cumpliendo con la etiqueta popular, divirtiéndose, divirtiendo a otros, llevando conversaciones “inteligentes”...

Tienen que ir más allá. Deben practicar activamente las ordenanzas de Jesús: “‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas’ ... ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’” (Mc 12:30, 31), aplicándolas a cada situación, en nuestros pensamientos, a nuestro trabajo y a nuestra forma de hablar a los demás, especialmente a los que habitualmente insultas. Significa poner a Cristo en el centro de la casa, de la Navidad, de la Pascua – en vez de la televisión y los instrumentos de comercio como Santa

Claus y el Conejo de Pascua. Significa honrar el nombre de Jesús y no utilizarlo como una mala palabra. Significa dedicar a Él más tiempo del que dedicamos a nuestras conversaciones en el teléfono móvil. Significa vivir en el amor gozoso y en la obediencia de la palabra de Nuestro Señor y de la voluntad de su Padre...

En la primera Lectura (Veinte) de este capítulo, se nos dice: “No todo el que me dice: ‘Señor, Señor,’ entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Cuando llegue el día muchos me dirán: ‘Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, no echamos los demonios en tu nombre, no hicimos muchos milagros en tu nombre?’ Entonces les diré en la cara: Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, malhechores!” Ninguna de estas obras mencionadas por Jesús, si son realizadas al margen de la voluntad del Padre, pueden interpretarse como prueba de amor verdadero por Dios.

“Maldad” aquí en las palabras “malhechores” significa la ausencia del bien. Malhechores son los que toman parte en actividades (algunas de las cuales puede ser loables) con las cuales no se obtiene el bien eterno. Si he leído cientos de libros y soy un erudito en muchos temas, pero ignoro la voluntad del Padre, no gano nada siéndolo. Si dono miles de dólares y doy grandes regalos con el fin de ayudar a los demás, pero dejo a Dios fuera de mi vida, no soy nada. Si tengo el don de la dicción pero me pierdo a diario en el intento de impresionar a la

gente con declaraciones pretenciosas, soy solo un gong que hace ruido. Si vivo con poca reverencia por el Señor y lo dejo relegado al último lugar de mi vida, es posible que Jesús me diga un día: “Nunca te conocí. ¡Apartate de mí, malhechor!”

El amor de Dios no es llamar la atención con comportamientos impresionantes. La santidad y la sabiduría no van necesariamente unidos a una gran elocuencia. Los que piensan de otra manera pueden engañar a otras personas. Pueden, por supuesto, engañarse a sí mismos. Pero no pueden engañar a Dios.

No dejemos que hayan malentendidos sobre esto: Jesús no se opone a la formación o a la búsqueda de la excelencia, o a cuidado de la salud en cuerpo, mente y alma. Él no desaconseja a nadie de hacer cosas buenas y positivas.

Al contrario, deja muy claro qué es lo que hará que nuestros esfuerzos sean realmente fructíferos. Él dijo: “*Permaneced en mí*, y yo permaneceré en vosotros. Así como ninguna rama puede dar fruto por sí misma, sino que tiene que permanecer en la vid, así tampoco vosotros podéis dar fruto si no permanecéis en mí. Yo soy la vid y vosotros las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no podéis hacer nada.”

Entonces, ¿cómo permanecemos en Jesús? Él dijo: “Yo os he amado como el Padre me ha amado. Permanezcan en mi amor. Si *guardáis mis*

mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.” Mantén sus mandamientos! Solo cuando permanecemos en Jesús a través de la obediencia nos convertimos en discípulos productivos. Jesús mismo obedeció a su padre hasta su último aliento. La cosecha que era capaz de preparar es generosa, continua y eterna.

Él dijo: “No me elegisteis vosotros á mí, mas yo os elegí a vosotros; y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15:16). Es Jesús quien elige, no al revés. Él es quien escoge sus trabajadores, quien los entrena, quien les da la orden de salir cuando están listos. Si es Él quien los envía, el bien que realicen perdurará.

En la Lectura Veintiuno, Él dice, “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.” Recuerda que no debes aplicar estos dichos negativamente. Jesús no nos está acusando de hipocresía. Él nos está advirtiéndolo que debemos estar en guardia contra ella. No debemos permitir que se nos acerque ni siquiera un poquito de esta. Igual que la levadura, una pequeñísima cantidad se difundirá y crecerá dentro de nosotros.

Vamos a detenernos un poco más en este punto, porque la hipocresía es un defecto muy peligroso, y puede conducirnos, obviamente, a la superficialidad, a cometer graves errores, y a crear una desilusión embarazosa. La advertencia de Jesús es: “Porque os digo,

que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

De todas las fallas que Jesús menciona, la hipocresía es la que comenta con más frecuencia. A lo largo de los Evangelios, los hipócritas despiertan su ira más implacable. Él les lanza las frases más ásperas. “¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpian por fuera el vaso y el plato, pero por dentro están llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero el vaso y el plato por dentro, para que también quede limpio por fuera.” Deja de pensar que eres santo cuando tu corazón está lleno de juicios y desprecios, de soberbia y rencor. Deja de imaginar que eres el ejemplo que todo el mundo debería seguir. No sigas creyendo que la gente te mira con admiración. Corrígete a ti mismo antes de intentar corregir a otros.

“Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es exaltado entre los hombres es una abominación ante los ojos de Dios.” Por ejemplo, el hecho de ir a la iglesia con nuestro “traje dominguero” no demuestra santidad. Conocer las respuestas de las oraciones, cuándo sentarse y cuando pararse durante la liturgia, no es indicativo de amor por Jesús. Saludar a los otros con bromas amables después de un servicio religioso no es más que un intento de aparentar ser mejor de lo que realmente somos.

“Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me honran, enseñando los mandamientos de los hombres como si fueran doctrinas.’ Vosotros dejáis los mandamientos de Dios, y rápido adoptáis la tradición de los hombres.”

”Vosotros buscáis las Escrituras, porque os parece que en ellas tendréis la vida eterna; y son ellas las que dan testimonio de mí; aún así rehusáis venir a mí para tener la vida.” ¿Cuando leemos la Biblia, escogemos solo los textos nos gustan? ¿Cuando nos encontramos con pasajes donde Jesús nos dice que hagamos lo que no nos gusta, los saltamos rápidamente? ¿Nos exoneramos a nosotros mismos, al declarar: “Ya he leído este material viejo antes, son textos obsoletos y reservados sólo para los principiantes, no para mí. Yo estoy suficientemente preparado y estoy concentrado en cosas más avanzadas”?

Los hipócritas logran ver únicamente lo que ellos quieren ver. Permanecen selectivamente ciegos a todo lo que desaprueban. Todo lo que ellos hacen es admirable según ellos mismos. Todo lo que se ajuste a su propio estilo de vida lo definen como correcto. Ellos improvisan un sinnúmero de reglas en el momento en que las necesitan, y todas ellas vienen interpretadas para adaptarse a su “filosofía.” Todo el que no sabe lo que ellos saben es considerado inferior. Si por casualidad una persona “inferior” hacer una sugerencia, la sangre del hipócrita hierve. Si no lo menosprecian y rechazan

inmediatamente, en público, lo hacen en lo profundo de sus corazones. Los hipócritas se creen sabios e instruidos.

Pero son, de hecho, locuazmente vacíos e ignorantes.

En el mismo párrafo, leemos: “Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a él lo recibiríais.” A veces comenzamos a dudar y a minimizar las enseñanzas de Jesús, cuando escuchamos un mensaje opuesto al suyo que viene de una persona popular que nos dice lo que nos agrada oír, alguien que, a causa de su riqueza, su posición política o sus títulos universitarios, es capaz de hechizar a muchos intelectuales “autoproclamados”. Es más, a menudo nos es simpático reunirnos con amigos que le dan poca importancia a Jesús, y les gusta más bien alabar las teorías y las prácticas religiosas o filosóficas de los demás. ¡Qué fácil es dejar de creer en lo que Jesús considera importante. “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?”

Los hipócritas esperan que todo el mundo los ame y los respete. En ningún momento tienen amor ni respeto hacia nadie más que hacia a sí mismos y hacia sus pocos seres queridos. Por supuesto, cuando la gente los está viendo, ellos se esfuerzan por hacer gala de una cierta apariencia de civismo ante el resto de la humanidad.

Hay hipócritas que eliminan desdeñosamente a sus rivales marcándolos con el estigma de la superficialidad,

pero no admiten errores en sus hipótesis y ni interferencias en sus críticas. En estos casos se vuelven hostiles y se comportan como si todo lo supieran.

Ahora, para ser justos, hay que aclarar que las imperfecciones de carácter antes mencionadas no son necesariamente evidencias de hipocresía. Muy frecuentemente se trata de hábitos inconscientes que no tienen ningún vínculo con la ceguera intencional o culposa. La respuesta a la pregunta: “¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, pero no la viga en el tuyo?” Puede ser realmente: “Porque yo no sabía lo que estaba haciendo.”

Solo por un amor muy grande hacia nosotros, por nuestra felicidad presente y eterna, Jesús nos instruye diciéndonos: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5:48).

En la Lectura Veintidós, Jesús dice: “El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se inundaron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron la casa. Pero esta no se derrumbó; había sido construida sólidamente sobre la roca.” Jesús no quiere que nos caigamos. Y no lo haremos si, cuando escuchamos sus palabras, las ponemos en práctica. Si no nos impresiona cualquier doctrina a la moda todo, si vivimos en “estas palabras mías,” las palabras de Jesús, no las de otra persona, nuestras bases están sólidamente construidas. Nada nos puede derribar.

“Y todo el que oiga estas palabras mías y no las pone en práctica, será como un tonto que construyó su casa sobre la arena. Cayó la lluvia, vinieron inundaciones, soplaron los vientos y azotaron la casa. Y esta se derrumbó y quedó completamente destruida.”

En esta misma Lectura, Jesús también relata la parábola de un rey que da un banquete para celebrar la boda de su hijo. “Pero cuando el rey entró a conocer a los huéspedes vio allí a un hombre no vestido con un traje de bodas. Él le dijo: ‘Amigo, ¿cómo es que entraste aquí sin traje de boda?’” Jesús le está diciendo: “Yo te he invitado a mi reino; ¿por qué es que no estás vestido con la ropa que Yo esperaba? ¿Por qué no vienes vestido de la manera que te pedí? ¿Por qué no sigues mis instrucciones?”

En la siguiente parábola Jesús nos advierte: “Pero si ese siervo malo piensa: ‘Mi señor está tardando mucho tiempo,’ y comienza a golpear a sus compañeros, y comer y beber con los borrachos, el patrón de los siervos vendrá el día menos pensado a una hora desconocida y lo castigará severamente y le asignará un lugar con los hipócritas, allí será llanto y rechinar de dientes.” A veces podemos estar tentados a pensar: “Soy ahora un ciudadano bastante respetable. Seguramente me puedo permitir ser descortés con mis subalternos; puedo usar un lenguaje soez para expresar mi disgusto; puedo provocar la ira de mi cónyuge con argumentos mezquinos; puedo expresar mis observaciones mundanas sin pudor y con

frecuencia. Seguramente merezco tener cualquier tipo de diversión que me apetezca, beber tanto como quiera, leer los últimos libros publicados, ver cualquier película que haya en el cine y cualquier programa que pasen en televisión; nada puede perjudicarme. Tengo mucho ‘éxito,’ pero me siento insatisfecho en casa, seguramente tengo derecho a una pequeña relación extramatrimonial.”

No te guíes por tales pensamientos. Una persona con estas habilidades podría ser suprimido y enviado a “un lugar con los hipócritas, allí será el llanto y el rechinar de dientes.” Esa persona podría decirse a sí mismo: “Mi señor tarda mucho tiempo,” es decir, “No tengo que hacer lo que me mandó por el momento,” y sería escuchar a Jesús decir, “El señor de aquel siervo vendrá en un día inesperado y en una hora desconocida y lo castigará severamente.” “Aquel siervo que conociendo la voluntad de su amo, pero no efectuó los preparativos ni actuó de acuerdo con su voluntad, será azotado severamente... Mucho le será requerido a la persona encargada de mucho.”

La parábola de la Vigésimo tercera Lectura describe un propietario que, no habiendo obtenido frutos de su higuera durante tres años, dio órdenes de cortarla. Pero el jardinero le suplicó, “‘Señor,’ el hombre le dijo, ‘déjala este año y dame el tiempo de cavar a su alrededor y echarle abono: dará fruto el año próximo; si no lo hace, entonces podrás cortarla.’” Jesús nos está diciendo que

todavía tenemos la oportunidad de crecer! Pero no por mucho tiempo.

Por favor, no asumas la idea equivocada de que Jesús ya nos ha condenado a las penas antes mencionadas. En realidad es todo lo contrario: lo que está haciendo es diciéndonos como evitarlas! Con la ayuda de Dios, necesitamos realmente muy poco para reorientar nuestras vidas de modo de que nuestros dones y energías no se desperdicien y podamos llegar a ser santos, amorosos, y verdaderamente útiles al el Reino de Dios.

Podemos valernos de este tiempo de gracia que Dios nos ha dado. Podemos dedicar parte de nuestras capacidades, dinero e influencias para el servicio de Dios, de los pobres, de los débiles, de los que no saben cómo ayudarse a sí mismos.

Cuanto más dotados seamos, tanto más debemos ser pacientes, amables, humildes, compasivos, serviciales y cariñosos con todo el mundo – todo el mundo, no sólo con nuestros iguales o con aquellos a quien queremos impresionar, sino especialmente con aquellos que están bajo nuestro control financiero o jerárquico. Hagámoslo sinceramente por su beneficio, y no para mejorar nuestra imagen ante los demás.

Reservemos también a un tiempo para la oración, honrando y dando gracias a nuestro Creador que nos dio por los talentos y oportunidades que nos ha dado. Oremos por el bienestar de todos.

Lo que Jesús quiere está escrito en la Lectura Veinticuatro: “Ciñe tus flancos y enciende tus lámparas y sé como el siervo que espera el regreso de su amo de una boda, listo para abrir de inmediato cuando este llegue y llame. “Dichosos aquellos siervos a quienes el señor, al venir, halle velando; en verdad os digo que se ceñirá para servir, y los sentará a la mesa, y acercándose, les servirá.”

En el cuarto párrafo Jesús dice: “Todavía, por un poco de tiempo, la luz estará entre vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas; el que anda en la oscuridad no sabe adónde va.” Jesús nos incita a caminar en la luz ahora, a vivir su evangelio de inmediato, a seguirlo ya. No tardes. Comienza hoy mismo. No es que no nos aceptará si lo aplazamos. Él siempre nos perdonará y nos dará la bienvenida. Pero si seguimos ignorándolo, podemos terminar condenándonos nosotros mismos, como Judas Iscariote, endureciendo nuestros corazones y negándonos a volver con Él. Eso podría traernos consecuencias trágicas.

“Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.” Y como hijos de luz vamos a ver, vamos a entender, porque eso es lo que hace la luz: nos permite ver. Como hijos de la luz, vamos a tener el poder de iluminar el camino de otros para que ellos también puedan ver. Esta es la luz a la que Jesús se refiere cuando dice: “Sólo eso, vuestra luz debe brillar ante los hombres,

para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre celestial” (Mt 5:16).

No hay contradicción entre el pasaje anterior y el siguiente: “Tened cuidado de no practicar vuestra justicia ostentosamente con el fin de atraer la atención” (Mt 6:1). Si haces las cosas sólo para mostrarte ante los demás, “no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.” (Mt 6:1). Pero cuando caminas con Jesús, su luz se irradia desde dentro; ningún tipo de proclamación puede duplicarla. Todo el mundo sabe que esto viene dado solo por Dios, y la gloria no será erróneamente dirigida a ti, sino a “tu Padre celestial.”

“Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Si tu vives según “mi palabra,” que es la palabra de Jesús, entonces mereces realmente y verdaderamente ser llamado “mi” discípulo, el discípulo de Cristo – Cristiano. Conocerás la verdad – verás, entenderás. Y la verdad te hará libre, no te limitará. Hará libres a aquellos a quienes tu les des tu servicio amoroso.

Oración

Dios, haré uso de mis recursos.

Desarrollaré mis capacidades.

Me esforzaré por la perfección.

Pero no debo aferrarme a las cosas que me dejan vacío.

No es lo mucho que soy estimado lo que se traduce en justicia, sino si Tu palabra reina sobre la manera en que vivo.

Tu no me conviertes en todopoderoso; no me vuelves libre de problemas.

Tu quieres que yo sea tu hijo;

mucho bien se logra a través de los que son niños.

Que toda gracia y alabanza sea dirigida a ti, Señor, ahora y para siempre. Amén.

Lectura Veinte

No todo el que me dice: “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Cuando llegue el día muchos me dirán: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre no echamos fuera demonios, en tu nombre no hicimos muchos milagros?” Entonces les protestaré: Nunca os he conocido; alejaos de mí, hacedores de maldad!

Permaneced en mí, como yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. El que no permanece en mí, es echado fuera como una rama – y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y se queman.

Yo os he amado así como el Padre me ha amado. Permanezcan en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

1. Mt 7:21-23 2. Jn 15:4-6 3. Jn 15:9-10

Lectura Veintiuno

Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.

Todo lo hacen para ser vistos por los hombres.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! para limpiarte el exterior del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de robo y rapacidad. Usted Fariseo ciego! Primero limpia el interior del vaso y del plato, para que también lo de fuera esté limpio.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, lo hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros.

Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, pero Dios conoce

vuestros corazones; porque lo que entre los hombres es de alta estima, abominable es a los ojos de Dios.

Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito:

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.”

Ustedes abandonan el mandamiento de Dios y toman en seguida la tradición de los hombres.

Escudriñáis las Escrituras, porque os parece que en ellas tenéis vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí. ¡Y no queréis venir a mí para tener vida! Gloria de parte de hombres no recibo. Pero os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros mismos. Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me recibís, si otro viene en su propio nombre, a ése recibiréis. ¿Cómo podéis creer, vosotros que recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que sólo de Dios viene?

Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

1. Lc 12:1 2. Mt 23:5 3. Mt 23:27-28 4. Mt 23:25-26
5. Mt 23:15 6. Lc 16:15 7. Mc 7:6-8 8. Jn 5:39-44
9. Mt 5:20

Lectura veintidós

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.

El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo... Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos.

Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le

demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá.

¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes.

Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará? Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga.

... temed ... á aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.

1. Mt 7:24-27 2. Mt 22:2, 11-14 3. Lc 12:47-48 4. Mt 24:45-51 5. Lc 14:34-35 6. Mt 10:28

*

Lectura Veintitrés

Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: “He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra?” El entonces, respondiendo, le dijo: “Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después.”

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.

1. Lc 13:6-9 2. Jn 15:1-2

*

Lectura Veinticuatro

Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que

se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.

Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

1. Lc 12:35-37 2. Mt 11:28-30 3. Jn 8:12 4. Jn 12:35-36 5. Jn 8:31-32

VIVE EL EVANGELIO DE JESÙS

Parte 2

Vivir el evangelio de Jesús significa actuar de acuerdo con lo que él enseñó y no solo teorizar al respecto. Vivir su evangelio también significa practicar lo que está en el evangelio de Jesús. Es posible que podamos aprender algo sobre Dios de otras religiones y pensadores, y no tenemos prohibido aprender de ellos. Pero si profesamos ser cristianos, debemos estar comprometidos con Cristo. Dios dijo de él: “Este es mi Hijo, mi escogido; escúchenlo” (Lc 9:35).

Cuando Jesús apareció en la tierra, los hombres sabios vinieron buscándole. “Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, he aquí, Magos de Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: ‘¿Dónde está el que nació rey de los Judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle’” (Mt 2:1-2). Cuando lo encontraron, ¿qué hicieron? Se detuvieron en busca de alguien más! “Y he aquí la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron” (Mt 2:9-11). Se arrodillaron y se inclinaron ante él. Ellos lo adoraban.

Estaban encantados de recibirle y estaban convencidos de que Él era el rey que se habían propuesto encontrar.

Y cuando se les advirtió que debían regresar a casa por un camino alternativo, lo hicieron. “Pero siendo avisados por revelación en sueños que no volviesen a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino” (Mt 2:12). Cambiaron de rumbo. Ellos cambiaron la dirección de su viaje. Cambiaron los planes. Y cambiando, escaparon de todas las trampas y engaños que los esperaban en el camino anterior.

Sé como estos hombres sabios. Después de haber encontrado a Jesús, sé lo suficientemente sensible para poner tu fe en Él. Examinarlo desde todos los ángulos y con todos los medios; buscar a la altura y la profundidad y la duración y amplitud de sus palabras y acciones. Compararlo con los otros, si así deseas. Pero convéncete de que Jesús es el Hijo de Dios, sus palabras son palabras de vida, su evangelio, cuando vivía, conduce a la verdadera felicidad. Deléitate en Él. Adóralo. Dedícate a Él.

Ya has oído a Jesús decir en la Lectura Veinticuatro, “*Venid a mí* todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y *aprended de mí.*” “Venid a mí... aprended de mí.” Todos los cristianos debemos responder a esta invitación de todo corazón. Hemos ido a escuchar a oradores famosos, hemos leído libros de autores populares, hemos buscado asesoramiento en una variedad

de fuentes; sin embargo, la única persona a quien los cristianos debemos estudiar, en primer lugar y sobre todo, debe ser el mismo Jesucristo. Debemos dejar que sus enseñanzas sean la base de nuestra manera de vivir. Que sean la base sólida sobre la cual se construyen todas nuestras creencias. Dejémoslo que ponga el estándar de nuestros hábitos en los negocios. Si otras doctrinas y principios no están de acuerdo con Jesús, tengamos la sensatez de mantenernos alejados de ellos. Seamos lo suficientemente sabios para tomar un camino diferente.

En la Lectura Veinticinco, Jesús reitera la invitación a venir a Él: “Todo el que tenga sed, *venga a mí!* Todo el que cree en mí venir y beber!” Como dice la Escritura: ‘De su seno correrán ríos de agua viva.’” A través del corazón de la persona que va a Jesús en la fe el Espíritu Santo será enviado para dar vida en abundancia.

“El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo. Es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece es la más grande de las hortalizas, y se hace árbol, de manera que las aves del cielo pueden venir y anidan en sus ramas.” Cuando uno permite que la vida de Dios venga a nosotros, el efecto puede trascender de mucho su pequeño inicio. Las transformaciones se llevarán a cabo no sólo en él, sino también en los que se le acercan.

En la Lectura Veintiséis, Jesús promete: “Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será dado.” Haz

cualquier solicitud y se te otorgará! Fantástico, ¿no es así? La posibilidad está ahí, cuando permanecemos en Jesús y sus palabras permanecen en nosotros. ¿Cómo sucederá esto? “Si *guardáis mis mandamientos*, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15:10).

Él continúa, diciéndonos: “Y voy a hacer todo lo que pidáis en mi nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.” Esta es una razón de peso para que Jesús responda a nuestras oraciones: que el Padre sea glorificado. Por lo tanto, acude a Jesús para todo. Dale muchas ocasiones para elogiar y el honor a su padre.

Él dice: “Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo.” El hecho de que Dios conozca nuestras necesidades, no significa que no debamos hablar con él acerca de estas. De hecho, es bueno hacerlo, ya que cuando vertemos nuestros corazones a Él con fe y sencillez, lo ponemos a Él en el centro de nuestro ser, afirmamos nuestra dependencia de Él, reconocemos su capacidad de controlar el futuro. Si no le exponemos nuestras peticiones y algo bueno nos sucede, podríamos tener la tentación de jactarnos, “Qué buena suerte que tengo”, o “Me merezco esto; he trabajado muy duro para obtenerlo.” Pero si hacemos lo llamamos a Él y recibimos lo que pedimos, estamos más propensos a decir: “Gracias, Dios. Alabando seas.” Glorificaremos a nuestro Padre junto con su Hijo.

Sigamos sobre este importante tema de la oración. “Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: ‘Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.’ Él les dijo: ‘Cuando oréis, decid: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino. Danos cada día nuestro pan cotidiano. Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos ofende. Y no nos dejes caer en tentación”’” (Lc 11:1-4). La respuesta de Jesús significa, por un lado, que la oración debe ser centrada en Dios e infantil. El objetivo de la oración no es exponer las cosas fascinantes que podemos decir o hacer. La base de una persona que reza bien no es lo mucho que cree saber sobre el tema. La base de una persona que reza bien es la confianza de niño que pone en su Padre celestial. “En verdad os digo, que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18:3). Al decir esto, Jesús muestra cómo debemos relacionarnos con Dios y, en consecuencia, la actitud correcta que debemos tener cuando oramos.

A veces rezamos oraciones cortas como el Padre Nuestro. Hacer esto reflexivamente, meditando sobre lo que dice la oración, no constituye una “balbuceo” o “amontonamiento frases vacías” (ver Mt 6:7).

Debemos rezar las oraciones que hemos aprendido desde niños, pero no sin pensar, o simplemente para terminar los rezos de una vez. Debemos orar con atención y reverencia, acercándonos a Dios en la amistad.

Orar no es hacerle un favor a Dios. Orar es hacernos un favor a nosotros mismos y a nuestro prójimo. Es más beneficioso para todos si oramos con el corazón – propuestamente y llenos de amor – en vez de hacerlo de mala gana o apresuradamente. Nos lleva el mismo tiempo orar atenta y afectuosamente que orar con desgano. ¿Por qué no poner en un poco de esfuerzo para concentrarse en la oración con atención y cortesía? Después de todo, estamos hablando con nuestro Creador.

La oración más grande de la Iglesia es la liturgia de la Santa Eucaristía. Celebrémosla conscientemente. Vivámosla activamente. Que sea para nosotros una experiencia de Dios. Si hemos de juzgar la calidad de un servicio de domingo en particular, los criterios no deben ser la longitud de su duración, el calibre del sermón, la elección de la música por el coro, o si otros parroquianos nos advirtieron. Si vamos a evaluar, se debe hacer sobre la base de la intensidad de nuestra participación en la Eucaristía.

Ora y alégrate con júbilo porque la oración es una fuente de vida para el mundo entero. La oración constituye la forma más fácil de hacer que Dios y su amor se manifiesten a su pueblo. Tus seres queridos necesita tus oraciones. Aquellos que están en problemas, incluidos los desconocidos, necesitan sus oraciones. Imagina su gratitud cuando descubren con el tiempo, en el Cielo, que en algún lugar del camino de tus oraciones

ayudaron a hacer descender la ayuda divina en su hora de necesidad!

A través de la oración estamos unidos con Dios, recibimos la alegría y la paz, obtenemos guía y bendiciones. A través de la oración, nos defenderemos de la tentación. A través de la oración estaremos protegidos del pecado.

Reza en la mañana cuando te despiertas; reza antes y después de tu trabajo; reza por la noche, cuando te preparas para ir a dormir. Mantener vivo el espíritu de oración durante todo el día, sabiendo que Dios te ama inmensamente.

Si no has dejado algún tiempo cada día para el Señor, tal vez por lo menos puedas darle tus momentos libres mientras viajas en el coche o en autobús, mientras haces la cola, mientras esperas tu turno en la consulta del médico o en otra parte, mientras caminas solo, cuando no puedes dormirte, cuando estás luchando con dificultades ... Tu vida no será aburrida, y te harás mucho bien a ti mismo y a los demás.

Pasar cinco minutos de vez en cuando con Dios en tu corazón, un lugar muy especial, no es una idea frívola. Es posiblemente el comienzo de la oración de contemplación. Piensa en esto, *contemplación*, como el origen de la palabra lo indica, significa estar con (*con*) Dios en un lugar apartado (*templum*). ¿No sabéis que sois templo (*templum*) del Espíritu Santo?

Jesús oraba con frecuencia, lo mismo deberíamos hacer nosotros. Jesús ayunaba, igual deberíamos hacer nosotros. Él se entregó por el bien de la humanidad, lo mismo debemos hacer nosotros.

“Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: ‘La mies es mucha, pero los obreros pocos; Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies’” (Mt 9:36-38). Hagamos lo que Jesús nos pide y ofrezcamos esta oración a nuestro Padre. Vayamos más allá y busquemos nosotros mismos para descubrir cómo podríamos, de alguna manera, ser una respuesta a la oración por más trabajadores.

La Lectura Veintisiete contiene tres relatos de hechos ocurridos después de su resurrección. “... muy temprano el primer día de la semana, Jesús se apareció primero a María Magdalena...”. María recibió aquí la más maravillosa muestra de cariño de Jesús. Durante la crucifixión ella le había permanecido leal mientras las multitudes se volvieron contra Él. Ella no huyó, mientras que otros huyeron. Ella creyó en Él, incluso cuando muchos perdieron la fe. Si quieres ser especial a los ojos de Jesús, nunca permitas que tu lealtad hacia Él vacile.

Jesús también se apareció a los discípulos, cerca del mar de Tiberíades. Recordarás que habían pasado toda la noche pescando pero no habían pescado nada. Justo cuando estaban a punto de darse por vencidos, Jesús gritó

desde la playa, “Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis.” Así lo hicieron y fueron recompensados con una gran pesca. También nosotros si hacemos lo que nos dice Jesús, aunque parezca poco práctico, disfrutaremos de unos magníficos resultados de nuestros esfuerzos – resultados que irán más allá de nuestra mayor fantasía.

Y cuando hayamos alcanzado los deseos de nuestro corazón, cuando hayamos alcanzado nuestras metas terrenales, tal vez nos daremos cuenta de lo insignificante que son después de todo. Como Pedro, tal vez los dejaremos ir y volveremos nuestra atención completamente al Señor. “Cuando Simón Pedro oyó que era el Señor, se puso su ropa, porque estaba desnudo, y se lanzó al mar” (Jn 21:7). El pescado y la magnífica pesca ya no eran importantes para él. Ir hacia Jesús, estar con él, ser su amigo, eso era lo realmente importante.

Observa que Pedro no le pidió que lo hiciera caminar sobre las aguas esta vez. Nadó centrándose en Jesús, no en sí mismo.

En esta Lectura, Jesús pregunta: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Si Jesús te hace esta misma pregunta, ¿cuál sería tu respuesta?

La última Lectura, la vigésimo-octava, es un breve resumen. Jesús exhorta una vez más: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras.”

Observa la última frase. La falta de amor a Jesús de una persona se ve en la falta de voluntad para obedecerlo. Para este individuo, las palabras de Jesús están en segundo o tercer lugar en sus prioridades, o están totalmente subordinadas a otras normas.

Jesús nos recuerda: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia.” Busca primero que Dios sea tu rey, para que reine sobre ti, que sus reglas sean las reglas bajo las cuales vives. Busca primero en confiar en Él como el rey benévolo que mira por tu bien, te defiende y te sostiene. Busca primero lo que Él considera justo, no lo que los incrédulos dicen que lo es. Busca primero su propia vida. “Y se os *dará* por todas estas cosas además.”

Jesús te ama. ¿Sabes cuánto? ¿Sabes lo mucho que el Padre ama a Jesús? No hay amor más fuerte que el que Dios Padre tiene por su Hijo. Y así es exactamente es como Jesús te ama. Porque él dice: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo.” De la misma manera! Tan profundamente. Tan tiernamente. Tan ilimitadamente. Permanece en su amor. “Si *guardáis mis mandamientos*, permaneceréis en mi amor.”

Luego, en la última línea de esta Lectura, llegamos al último versículo del Evangelio según San Mateo. Jesús dice: “Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.” Ten esto para siempre en tu mente. Toma conciencia de que sin ninguna duda Jesús está constantemente presente en ti. Él está presente no sólo cuando te pones en contacto con Él, sino incluso

cuando lo has olvidado. Aunque te sientas abandonado o inquieto, deprimido o cansado, Él no te ha dejado. En los momentos en los que tienes problemas, o cuando dudas de tu propia suficiencia y valor, cuando sientes que nada tiene sentido, cuando te sientes insignificante y pequeño, Él se queda a tu lado.

Por otra parte, “Yo estoy con vosotros” también significa “Yo no estoy en contra ti! Yo estoy de tu parte. Todo lo que he hecho en la tierra ha sido por tu bien. He creado el mundo para ti. Me vine a vivir al mundo de los hombres, sufrí, morí, resucité de entre los muertos – todo por ti. Todo lo que he enseñado es para tu bien. Cada palabra que he pronunciado es para traerte comprensión y alegría. Cada mandamiento que he dado es para tu bienestar.

“Estoy contigo! Estoy a tu lado! Estoy de tu lado!”

Oración

Padre, Jesús, Espíritu Santo,
Tu amas a tu pueblo,
Tu te preocupas profundamente por ellos,
Tu corazón está siempre abierto para tus hijos.
Y así les enseñas con paciencia.
Tu los podas cuando no crecen.
Tu los buscas cuando se pierden.
Tu los traes de vuelta de la manera en que mejor
aprenden.
Alabado seas, Señor.
Gracias por todo.

Lectura Veinticinco

Todo el que tenga sed, venga a mí! Todo el que cree en mí venir y beber! Como dice la Escritura: “De su seno correrán ríos de agua viva.”

El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo. Es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece es la más grande de las hortalizas, y se hace árbol, de manera que las aves del cielo pueden venir y anidan en sus ramas.

Así es el reino de Dios. Un hombre arroja el grano en la tierra. Día y noche, mientras él duerme, cuando está despierto, la semilla brota y crece; cómo? Él no lo sabe. La tierra se ocupa de producir primero el brote, luego la espiga, después el grano que llena la espiga. Y cuando la cosecha está lista, el hombre empieza inmediatamente a cosechar porque ha llegado el momento de la siega.

En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto, y *así* probéis que sois mis discípulos.

1. Jn 7:37-38 2. Mt 13:31-32 3. Mc 4:26-29 4. Jn 15:
8

*

Lectura Veintiséis

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis todo lo que quisieréis, y os será hecho.

Y todo lo que pidáis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré.

Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre. ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente? Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!

En verdad os digo que cualquiera que diga a este monte: “Quítate y arrójate al mar,” y no dude en su corazón, sino crea que lo que dice va a suceder, le será concedido. Por eso os digo que todas las cosas por las que oréis y pidáis, creed que ya las habéis recibido, y os serán concedidas.

Todo es posible para el que cree.

Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo.

Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos por los demás. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas; porque a ellos les gusta ponerse en pie y orar en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. En verdad os digo *que ya* han recibido su recompensa. Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cuando hayas cerrado la puerta, ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y al orar, no uséis repeticiones sin sentido, como los gentiles, porque ellos se imaginan que serán oídos por su palabrería. Por tanto, no os hagáis semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes que vosotros le pidáis.

Cuando oréis, decid: “Padre nuestro que estás en los cielos; sea tu Nombre santificado. Venga tu Reino. Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación.”

1. Jn 15:7 2. Jn 14:13-14 3. Mt 7:7-11 4. Mc 11:23-24
5. Mc 9:23 6. Jn 16:24 7. Mt 6:5-8 8. Lc 11:2-4

*

Lectura Veintisiete

Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios.

Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a los discípulos junto al mar de Tiberíades, y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanaél de Caná de Galilea, los *hijos* de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: “Me voy a pescar.” Ellos le dijeron: “Nosotros también vamos contigo.” Fueron y entraron en la barca, y aquella noche no pescaron nada.

Entonces Jesús les dijo: “Hijos, ¿acaso tenéis algún pescado?” Le respondieron: “No.” Y El les dijo: “Echad la red al lado derecho de la barca y hallaréis pesca.” Entonces la echaron, y no podían sacarla por la gran cantidad de peces.

Jesús les dijo: “Venid y desayunad.”

Entonces, cuando habían acabado de desayunar, Jesús dijo a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Pedro le dijo: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero.” Jesús le dijo: “Apacienta mis corderos.”

Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas.

“Y he aquí, yo enviaré sobre vosotros la promesa de mi Padre; pero vosotros, permaneced en la ciudad hasta que seáis investidos con poder de lo alto.”

Entonces los condujo fuera de la ciudad, hasta cerca de Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de adorarle, regresaron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando a Dios.

1. Mc 16:9 2. Jn 21:1-3 3. Jn 21:5-6 4. Jn 21:12 5. Jn 21:15 6. Lc 24:45-53

*

Lectura veintiocho

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la ley y los profetas dependen de estos dos mandamientos.

Todo el que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras.

Yo vine al mundo como una luz, para que todo aquel que cree en mí, no permanezca en la oscuridad. Y si alguno oye mis palabras y no las observa, no lo condeno, porque yo no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue. La palabra que yo he proclamado lo condenará en el día final.

Así como el Padre me ha amado a mí, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si obedecen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, así como yo he obedecido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que tengan mi alegría y así su alegría sea completa. Y éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande que el dar

la vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando.

No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.

Estas cosas os he dicho estando con vosotros. Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.

Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

1. Mt 22:37-40 2. Jn 14:23-24 3. Jn 12:46-48 4. Jn 15:9-14 5. Mt 6:31-33 6. Jn 14:25-27 7. Mt 28:20

Un Ejercicio

Considera esta pregunta: ¿Cómo el hecho de vivir el Evangelio con más atención ha afectado últimamente mis actitudes y comportamiento con respecto a las siguientes personas y cosas? Para contestar estas preguntas utiliza como puntos de referencia los frutos del Espíritu Santo: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, generosidad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo.

con mi esposo/a

con mis hijos

con mis padres

con mis otros parientes

con mis amigos

con mis compañeros de trabajo

con los pobres – en las posesiones materiales

– en la inteligencia

– en la educación

– en las miradas

– en la sofisticación

– en la personalidad

– en la eficiencia

– en la salud física y/o emocional

conmigo mismo

con el dinero

con el estatus social

con el miedo al ridículo ante los no creyentes

con mi fe en el camino de Jesús
con Dios

Jesús

Ahora terminamos con tres aspectos centrales de la vida cristiana – la amistad con Jesús, la promulgación de sus enseñanzas, y la Santa Comunión.

Primero. Un principio clave de las prioridades espirituales se puede ver en este pasaje: “Después Jesús subió a un cerro, y llamó a los que le pareció bien. Una vez reunidos, eligió de entre ellos a doce, para que lo acompañaran y para mandarlos a anunciar el mensaje. A éstos les dio el nombre de apóstoles, y les dio autoridad para expulsar a los demonios” (Mc 3:13-15).

¿En qué consiste el significado especial de este pasaje? Se encuentra en el orden de importancia que Jesús pone en lo siguiente: antes de enviar a sus apóstoles a predicar y echar fuera los malos espíritus, Él los escogió como compañeros. Cuando nos llama, es, ante todo, con el mismo propósito: que seamos sus compañeros, que estemos con Él.

¿Cómo nos convertimos en compañeros de Jesús? ¿Cómo nos convertimos en sus amigos? Él dijo: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15:14). El requisito indispensable: guarda sus mandamientos!

Muchos de nosotros deseamos servir a Dios de alguna manera. Muchos de nosotros queremos desde hace mucho tiempo hacer algo de valor para Él. Estas son

aspiraciones normales para un cristiano. Pero debemos darnos cuenta que, para Jesús, una buena acción no tienen por qué ser una hazaña extraordinaria. Las tareas que Él tiene en mente son aquellas como el lavado de los pies de sus apóstoles en la Última Cena. Podemos agradar a Dios realizando hacia nuestros vecinos pequeños actos de bondad, no expulsando demonios o realizando otras hazañas espectaculares. “Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo” (Lc 10:20).

De vez en cuando puede suceder que Él nos dé una misión especial. Pero esa tiene que ser su decisión. Es su elección. Tenemos que esperar su orden.

Jesús esperó que le fuera asignada su misión (ver Lc 2:51-52). Juan el Bautista esperó también (ver Lc 1:80). Incluso los discípulos, después de haber caminado con Jesús durante tres años, se hizo esperar todavía más. Antes de que Jesús ascendiera al cielo, les dijo, “Y he aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto” (Lc 24:49). Tuvieron que esperar el descenso del Espíritu Santo. Tuvieron que permanecer en Jerusalén. Ellos no sabían por cuánto tiempo tendrían que esperar.

Y aún así esperaron. “Entonces, lo adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría. Y estaban siempre en el templo, alabando a Dios” (Lc 24:52-53). Esperaron con alegría. Ellos alabaron a Dios

continuamente. Se quedaron en el templo, no se desviaron de las indicaciones que Jesús les había dado. Esa es la forma en la que debemos pasar nuestros días. Dejar que el Espíritu Santo determine cuándo vestarnos con su poder para cualquier misión especial que elija para nosotros. Mientras tanto, no permitas que el aburrimiento y la depresión te invadan. Ocupémonos con actividades constructivas y alegres, recordando las palabras de Jesús, “Muchos de los que ahora son los primeros serán últimos; y los que ahora son últimos serán los primeros” (Mt 19:30).

Esperar al Señor con alegría y paciencia requiere gran amor. Esperar al Señor con alegría y paciencia es amarlo mucho. Y es menos difícil lograr tener paciencia si entendemos que el tiempo parece deslizarse lentamente sólo cuando miramos hacia el futuro. Si en vez, miramos hacia atrás, podemos ver que muchísimos años han pasado en un abrir y cerrar de ojos. Por lo tanto, no estemos esperando el próximo “gran” evento de nuestras vidas contando las horas; no nos quedemos sentados viendo pasar el presente se deslizándose lentamente ante nuestros ojos. Haz alegremente lo que hay que hacer hoy, ayudar a la persona que te necesita, organizar algunas actividades divertidas, ora, alimenta tu amistad con Jesús, y el mañana llegará tan rápido como se fue el ayer.

En segundo lugar. Cuando Jesús dio a los apóstoles su ministerio, ¿qué esperaba Él que predicaran? Vuelve a leer Mc 3:14. “Una vez reunidos, eligió de entre ellos a

doce, para que lo acompañaran y para mandarlos a anunciar *el mensaje*.” El mensaje de Jesús: el evangelio! Lucas escribió lo siguiente cuando, antes, Jesús había ordenado a sus discípulos que se le adelantaran, permitiéndoles así una anticipación de lo que serían sus funciones próximamente: “Así que partieron y fueron de pueblo en pueblo anunciando *la Buena Nueva*” (Lc 9:6). La “Buena Nueva”, es decir, el evangelio de Jesús. En Mateo 28:18-20, “Jesús se acercó y les dijo: ‘Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos en todas las naciones, y bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Enséñenles a cumplir *todas las cosas que les he mandado*.’”

De la misma manera, se pide a los apóstoles de hoy que enseñen todas las cosas que Jesús mandó. Su misión es difundir su evangelio en todas partes, instando a su gente a venir a Él, exhortándolos a aprender de Él.

“Jesús ahora había terminado de decir todo lo que quería decir, y sus enseñanzas dejaron una profunda impresión en la gente porque enseñaba con autoridad, a diferencia de sus propios escribas” (Mt 7:28-29). “Su enseñanza”, aquello que Él considera importante, deja una profunda huella en las personas. Conmueve a los que la escuchan. Deja una huella perdure en sus corazones y mentes. Si Jesús nos envía, estemos seguros de promulgar sus palabras. Promovamos sus mensajes. Destaquemos lo que Él realza. Su poder acompaña sus

órdenes. Toda la autoridad se le ha dado, tanto en el cielo como en la tierra.

“Así es el reino de Dios. Un hombre arroja el grano en la tierra. Día y noche, mientras él duerme, cuando está despierto, la semilla brota y crece; cómo? Él no lo sabe. La tierra se ocupa de producir primero el brote, luego la espiga, después el grano que llena la espiga. Y cuando la cosecha está lista, el hombre empieza inmediatamente a cosechar porque ha llegado el momento de la siega.” (Mc 4:26-29). Cuando las palabras de Jesús se siembran en corazones receptivos, germinan y echan raíces. No tenemos por qué preocuparnos por los resultados. El evangelio hará su trabajo. No tengas la menor duda.

Así, enaltezcamos las enseñanzas de Jesús. “Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz del día; lo que oís al oído, proclamadlo desde los techos” (Mt 10:27). “Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna” (Jn 3:14-15). “Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12:32). Jesús es el único que debe ser elevado, nadie más. Cuando esto se hace, Él atrae a su pueblo. Y lo atrae no hacia otro ser humano, sino hacia Él. Así es como debe ser.

Tercera. Antes de discutir el punto siguiente, aprendamos de la mujer que espontáneamente bañó de amor a Jesús cuando lo vio. Ella ganó así su lugar en el evangelio. “Mientras Jesús estaba en Betania, sentado a

la mesa en la casa de Simón el leproso, llegó una mujer. Llevaba ésta un vaso de alabastro con perfume de nardo puro, que era muy costoso. Rompió el vaso de alabastro, y derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús. Algunos de los que allí estaban se enojaron internamente, y dijeron: ‘¿Por qué se ha desperdiciado así este perfume? ¡Podría haberse vendido por más de trescientos denarios, y ese dinero habérselo dado a los pobres!’ Y se enojaron mucho contra ella. Pero Jesús dijo: ‘Déjenla tranquila. ¿Por qué la molestan? Ella ha efectuado en mí una buena obra. A los pobres siempre los tendrán entre ustedes, y cuando quieran podrán hacer por ellos algo bueno. Pero a mí no siempre me tendrán. Esta mujer ha hecho lo que pudo. Se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. De cierto les digo que en cualquier parte del mundo donde este evangelio sea proclamado, también se contará lo que esta mujer ha hecho, y así será recordada.’” (Mc 14:3-9).

Esta mujer no tenía por qué utilizar el perfume para ungir la cabeza de Jesús. Nadie le pidió que lo hiciera. Sin embargo, ella lo hizo sin esperar nada a cambio, a pesar de las muchas críticas que tuvo, y lo hizo con una evidente extravagancia.

Nosotros también podemos ser extravagante hacia Jesús haciendo voluntariamente y generosamente todo lo que Él nos pide en el Evangelio, no limitándonos a hacer el mínimo para cumplir. Podemos dedicarle más atención a Él – especialmente en la oración – y un poco menos de

atención a comer y beber, a ir de compras, a charlar, a la música, la televisión, las revistas, a la computadora, a los video-juegos, al deporte y a otras formas de diversión. Podemos llevar una vida más santa, dando una mayor espacio a momentos de quietud para escuchar la voz del Espíritu Santo, para adorar y agradecer a Dios, para interceder por los pecadores y no creyentes y ofreciendo penitencias en su nombre. Podemos ofrecer nuestra vida por nuestros hijos e hijas, por nuestros esposos o esposas, parientes, amigos, por otros hijos de Dios, y por su Iglesia.

Entonces, así como Jesús fue amable con la mujer en Betania, así es misericordioso con nosotros: nos da otra manera de ser sus compañeros. Sin entrar en profundidades concluimos este libro mencionándola.

El término *compañero* está formado por el prefijo *com* y la palabra *pan*. *Com* significa “con.” Un compañero es alguien que comparte su pan contigo. Cuando Jesús comparte el pan, Él se comparte Él mismo con nosotros, porque dice: “Yo soy el pan de vida ... Este pan es mi carne ... El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en ellos” (Jn 6:48, 51, 56). Esta es la Sagrada Comunión. Cuando participamos del Pan Sagrado nos convertimos en amigos de Jesús de la manera más íntima – permanecemos continuamente en Él y Él en nosotros.

La Santa Comunión no solo es algo agradable. Es de vital importancia. Jesús dice: “De cierto te digo, si no

coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.” Es tan importante, tan vital. Al contrario, “El que come mi carne y bebe mi sangre, *tiene vida eterna*” (Jn 6:53, 54). Empecemos en este instante!

¿Qué significan “vida” y “vida eterna” en este contexto? Cada clase de ser tiene su propio tipo de vida o existencia. Dios tiene vida de Dios, los ángeles tienen vida angelical, y los seres humanos tienen la vida humana. Estos tipos de vida son seguidos por la vida animal, por la vida vegetal, y por la existencia inanimada. Los Evangelios según Marcos, Mateo y Lucas, se refieren a la vida de Dios frecuentemente como *el reino de Dios*, o *el reino de los Cielos*. Hemos encontrado estas expresiones en varias ocasiones. En el Evangelio según San Juan, los términos empleados para referirse a la vida de Dios, son simplemente *vida* y *vida eterna*. Cuando recibimos la Santa Comunión, la vida de Dios entra en nosotros. “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí” (Jn 6:57).

La Santa Comunión es dadora de vida. ¿Qué deberíamos hacer al respecto? Dos cosas. Las dos nos han sido pedidas por Jesús.

Número uno: “Y mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos y les dijo: ‘Tomad, comed; esto es mi cuerpo’” (Mt 26:26). En otras palabras, acérquense a la Sagrada Comunión. Tomad,

comed! Y tal vez podríamos ir no sólo los domingos, sino también algunos días de la semana, no por obligación, para nutrir nuestra amistad con Jesús. Podemos ser extravagante de esta manera.

Número dos: “Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: ‘Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí’” (Lc 22:19). Acuérdate de Él! Piensa en Él! No vayas a la comunión como si fuera parte de una rutina. No des a Jesús por sentado. Tráelo a tu mente una y otra vez. Que sea Él el objeto y el centro de tu atención. Deja que su vida se fortalezca en ti.

El recuerdo de Jesús es en si mismo una oración superlativa. No hay necesidad de palabras. Él ha dicho: “Y he aquí, yo estoy con vosotros...” (Mt 28:20). Esta es una promesa que nunca debes olvidar. Cree en ella con todas tus fuerzas. Jesús está realmente presente. Él está cerca de ti. Él conoce sus problemas y te protege. Confía en Él. Confía en su amor. Confía en su providencia. Cuando te acostumbras a acercarte a Él habitualmente y te olvidas un poco de ti mismo, comenzarás a experimentar la paz que Él te prometió. “Yo soy el pan de vida; quien viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed” (Jn 6:35). No habrá más añoranzas ni deseos, no más hambre ni sed. Una paz que está más allá de todo entendimiento, descenderá sobre ti. Habrá alegría tranquila.

Sigue recordando a Jesús y pronto descubrirás que Él se acuerda de ti continuamente. Nunca te da por sentado. Él siempre te trae a su mente, poniéndote en el centro de su atención. Una y otra vez ha demostrado ser el único que no te olvida. Él es el amigo extravagante, Él es el verdadero compañero. Él es el que, día tras día, anhela compartir el pan contigo. Él es quien, una y otra y otra vez, pasa hambre y sed para darte su propia vida.

“Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: ‘Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?’ Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ‘¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero? El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen.’ Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y dijo: ‘Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre.’

“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él. Dijo entonces Jesús a los doce: ‘¿Queréis acaso iros también vosotros?’ Y le respondió Simón Pedro: ‘Señor, ¿á quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente.’ Jesús le respondió: ‘¿No he escogido yo á vosotros doce, y uno de vosotros es diablo?’ Y hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón, porque éste era el que le había de entregar, el cual era uno de los Doce” (Jn 6:60-71).

Exhortación final

En la fiesta de bodas en Cana, María la Madre de Jesús, después de informar a su Hijo que “No tienen vino,” dio estas instrucciones a los servidores: “¡Hagan lo que Él les diga!” (Jn 2: 5). Inmediatamente, todos los servidores respondieron de todo corazón a los mandatos de Jesús, y de este modo lo asistieron en el inicio de su ministerio público en la tierra – el ministerio más fructífero que el mundo haya conocido.

Que al escuchar las instrucciones “¡Haz lo que Jesús te diga!” te conmuevas y pongas en práctica cada palabra de Jesús a partir de hoy, y vivas una vida fructífera en el amor de Dios y del prójimo.

Acuérdense de su explicación de la parábola del sembrador y la semilla.

“El sembrador siembra la palabra. Algunos son como lo sembrado junto al camino, donde se siembra la palabra. Tan pronto como la oyen, viene Satanás y les quita la palabra sembrada en ellos. Otros son como lo sembrado en terreno pedregoso: cuando oyen la palabra, en seguida la reciben con alegría, pero, como no tienen raíz, duran poco tiempo. Cuando surgen problemas o persecución a causa de la palabra, en seguida se apartan

de ella. Otros son como lo sembrado entre espinos: oyen la palabra, pero las preocupaciones de esta vida, el engaño de las riquezas y muchos otros malos deseos entran hasta ahogar la palabra, de modo que esta no llega a dar fruto. Pero otros son como lo sembrado en buen terreno: oyen la palabra, la aceptan y producen una cosecha que rinde el treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno” (Mc 4:14-20).

Jesús dijo: “Mi madre y mis hermanos son estos que oyen la palabra de Dios y la hacen” (Lc 8:21).

Puedes leer este libro en línea.

Por favor haga clic aquí:

<http://medjugorjeca.org/do-whatever-jesus-tells-you-2/>

Otros libros escritos por Andrew Jerome Yeung

Do Whatever Jesus Tells You!

The Fruitful Servant

Parents, Peace!

The Rosary – A Worried Parent Prays

Our Lady Speaks from Medjugorje

The Way to Medjugorje

Various Writings

